

TECNOLÓGICO DE MONTERREY

LOS PRIMEROS

70 AÑOS

DE TRANSFORMAR VIDAS



TECNOLÓGICO DE MONTERREY

LOS PRIMEROS

70 AÑOS

DE TRANSFORMAR VIDAS



TECNOLÓGICO DE MONTERREY

LOS PRIMEROS

70 AÑOS

DE TRANSFORMAR VIDAS

Los primeros 70 años de transformar vidas

Primera edición

Tecnológico de Monterrey

De venta en: Amazon Kindle, Apple Books, Google Books y Amazon.

Fragmento editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col.

Tecnológico C.P. 64849 |

Monterrey, Nuevo León | México.

amazonkindle



Get it on

Apple Books



GET IT ON

Google Play

available at

amazon

Transformando
70 **AÑOS** **VIDAS**
SISTEMA
TECNOLÓGICO
DE MONTERREY

PRÓLOGO



Los primeros 70 años

Todo aniversario es digno de celebración, más si se trata de conmemorar los primeros 70 años desde que don Eugenio Garza Sada decidiera darle forma a un sueño llamado Tecnológico de Monterrey.

La transformación ha sido evidente, pasamos de aquellos pocos alumnos que llegaron al primer edificio el seis de septiembre de 1943 a los 134 mil alumnos inscritos en las diferentes modalidades que se ofrecen hoy en día. Desde aquella época, la calidad de la

formación que se imparte es reconocida a nivel internacional y está respaldada por el éxito profesional que han logrado nuestros egresados.

Para este aniversario decidimos hacer un libro conmemorativo donde hablaran en primer lugar los protagonistas de nuestra historia: los maestros, alumnos, enfermeras, doctores, empleados y directivos. Para ello, lanzamos una convocatoria abierta a nuestra comunidad donde les pedimos que nos contaran de qué forma el Tecnológico de Monterrey había transformado sus vidas. Recibimos casi un centenar de testimonios de toda la República Mexicana y del extranjero.

En las siguientes páginas encontrarán una selección de 28 de esas historias. Estamos seguros de que hay más, muchas más anécdotas por ahí, en los pasillos y en los corazones de la familia Tec. Al leerlas encontrarán plasmadas historias de retos, de descubrimientos, de satisfacciones, de momentos duros que forjaron el espíritu de sus autores y también de otros que alegran la vida propia y de los compañeros.

Cada una de ellas muestra diversas maneras de cómo el Tecnológico de Monterrey transformó sus vidas. Cada historia está bajo el cobijo de los cinco valores con los cuales se vive en el Tecnológico de Monterrey: Innovación, visión global, trabajo en

equipo, sentido humano e integridad. Presentamos las historias reunidas conforme a esos valores. Sabemos que muchas abarcan más de uno porque ellos no son entes individuales. Juntos forman el corazón del espíritu Tec.

Finalmente, también incluimos un breve recorrido comparativo por varios aspectos del Campus Fundacional, como alguna vez llamó tan acertadamente el doctor Ricardo Elizondo Elizondo. Decidimos concluir con esa reseña porque si el Tecnológico de Monterrey cambia la vida, también su vida se ha transformado a lo largo de sus primeros 70 años, y estamos convencidos que lo seguirá haciendo por mucho tiempo.🌐



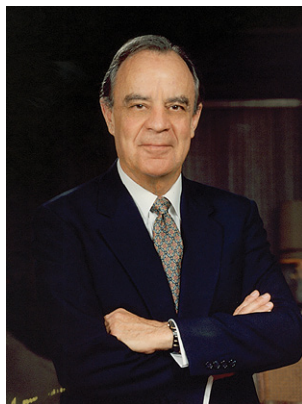


DON EUGENIO GARZA SADA

Don Eugenio Garza Sada presidió el Consejo del Tecnológico de Monterrey, desde su fundación y hasta su fallecimiento en 1973.

Para ello reunió a un grupo de empresarios regiomontanos y cristalizó la idea de crear una institución cuyo objetivo fuera formar integralmente y no sólo como profesionistas bien calificados a hombres y mujeres. Esta institución, concebida según se dice, desde 1917, comenzó modestamente en una casa del centro de Monterrey, en 1943, con 350 alumnos y unos cuantos profesores.

Su preocupación por el desarrollo humano a través de la educación y del trabajo, así como por el mejoramiento del nivel de vida y de cultura, sigue vigente en las numerosas obras que emprendió, cuyos beneficios se multiplican en la actualidad gracias a que supo transmitir a muchas personas los valores que guiaron su vida.

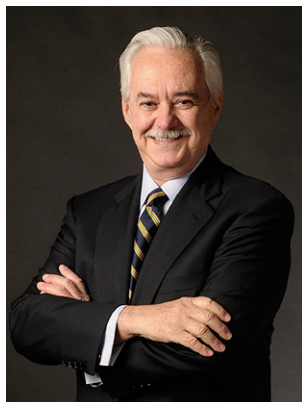


DON EUGENIO GARZA LAGÜERA

Don Eugenio Garza Lagüera asumió la presidencia del Consejo del Tecnológico de Monterrey pocas semanas después de la muerte de su padre en 1973 y permaneció al frente del mismo durante casi un cuarto de siglo; tras su retiro ejecutivo, permaneció en él como Presidente Honorario Vitalicio.

Bajo su liderazgo vio transformarse al Tecnológico de Monterrey de ser una institución de enseñanza superior con un sólo campus, incluyendo algunas unidades foráneas y 14 mil estudiantes, a un sistema con más de 90 mil alumnos.

Durante el tiempo en que don Eugenio presidió el Consejo del Tecnológico de Monterrey la institución unificó los estándares de calidad y programas de desarrollo de profesores en todos sus campus.



DON LORENZO H. ZAMBRANO

Don Lorenzo H. Zambrano presidió, a partir de 1997, el Consejo del Tecnológico de Monterrey, y durante 15 años trabajó intensamente en el fortalecimiento y crecimiento de la Institución.

Su destacado compromiso con la educación permitió mantener el crecimiento de su alumnado, tanto en cantidad como en calidad, fortaleciendo las capacidades de la EGADE y la EGAP, así como desarrollando y potenciando el concepto TecMilenio que permitió llevar la filosofía del Tecnológico de Monterrey a nuevos espacios de la sociedad mexicana, ofreciéndoles la oportunidad de una mejor preparación para afrontar los retos de la globalización.



La comunidad del Tecnológico de Monterrey reconoce la visión y generosidad de sus fundadores, sin cuya labor este sueño no se habría cristalizado.

Agustín Basave

Rodolfo Barragán

José Benítez

Andrés Chapa

Bernardo Elosúa

Juan S. Farías

Rómulo Garza

Virgilio Garza Jr.

Roberto Garza Sada

Alejandro Guajardo

Roberto Guajardo Suárez

Jesús J. Llaguno

José G. Martínez

Ricardo Quirós

Jorge G. Rivero

Joel Rocha

Antonio L. Rodríguez

Andrés G. Sada

Eugenio Garza Sada

Diego G. Sada

Roberto G. Sada

Hernán Sada Gómez

Ignacio A. Santos

Miguel Vera

INTRODUCCIÓN



JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ CARBAJAL

—
Presidente del Consejo del
Sistema Tecnológico de Monterrey.

.

El Tecnológico de Monterrey transforma vidas

A lo largo de sus primeros 70 años, el Tecnológico de Monterrey ha transformado la vida de miles de personas que de alguna manera han tenido contacto con él. La visión de todos sus fundadores, encabezados por don Eugenio Garza Sada, se honra con el éxito de sus egresados y su contribución al desarrollo del país; lo que es motivo de profunda satisfacción para nuestra Institución.

En mi experiencia personal, puedo decir con orgullo, que formo parte de esos miles de privilegiados a los que el Tec les cambió la

vida. Los maestros, el ambiente de estudio, la exigencia intelectual y el trabajo con los compañeros, me dieron la oportunidad de aprender más allá del salón de clases y comprobar por mí mismo, el compromiso de la Institución con la educación y la formación que nos distingue.

Como alumno, tuve el privilegio de aprender muchas cosas y por ello estaré siempre agradecido, pero debo agregar que mi experiencia como maestro en el Tec también me ha enseñado bastante. El contacto con las nuevas generaciones, así como el intercambio de ideas y experiencias nos hace evolucionar, tanto a los alumnos como a los maestros, en nuestra forma de interpretar las situaciones que vive nuestra sociedad. Esto, a su vez, nos permite encontrar nuevas alternativas de participación y de solución a los retos que se nos presentan.

Hoy, cuando me encuentro a un egresado exitoso o a un padre satisfecho de los logros de su hijo, se renueva mi convicción de que mis padres tuvieron mucha razón cuando me dijeron que venir al Tec era lo mejor que podía pasarme.

Y de esto trata este libro, en él se reúnen una serie de historias de personas que han pasado por las aulas del Tec y que hoy hacen una diferencia para sus comunidades, para sus familias y para ellos mismos. Estoy seguro de que en sus instalaciones se siguen

formando líderes con una sólida preparación intelectual, con un fuerte sentido de responsabilidad y con la firme convicción de que el trabajo es indispensable para que nuestra sociedad evolucione positivamente.

Nuestra labor como consejeros, directivos y profesores es que este objetivo se cumpla, impulsando el espíritu emprendedor, esa pasión para proponer e implementar soluciones innovadoras, transformando la realidad y generando valor social, ambiental y económico.

A 70 años de comenzar la aventura que se llama Tecnológico de Monterrey, podemos mirar atrás y enorgullecernos de las metas alcanzadas. Al mismo tiempo, observamos en la actualidad la aplicación de nuevas tecnologías, la madurez de las empresas en sus incubadoras y la generación de nuevos empresarios que salen con un profundo sentido de la responsabilidad social.

Al constatar sus acciones, nos complace saber que estamos trabajando correctamente al construir el futuro que queremos y al cual aspiramos; un futuro con comunidades cada vez más desarrolladas tanto en lo educativo, lo social, lo económico y lo político.🌐

CÓMO EL TEC CAMBIA LA VIDA

28 testimonios que reflejan nuestros valores



ALFONSO GONZÁLEZ MIGOYA

—
Consejero.

A los graduados del Tec se les hace conciencia de que son depositarios de privilegios que pocos compatriotas tienen. A lo largo de su estancia, y ciertamente en las ceremonias de graduación, los alumnos cobran conciencia de esta realidad. El apoyo que muchos graduados dan al Tec son un testimonio de cómo responden al deber moral de devolver a la sociedad lo que de ella han recibido.



JAVIER RIVAS RAMOS

—
Maestro Emérito.

Llegué en 1969 de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en Perú, para hacer mi doctorado en el Tecnológico de Monterrey. Venía sólo por dos años y me quedé hasta jubilarme en 1997. Hice aquí mi vida porque encontré maestros y alumnos con pasión por el conocimiento.



MAURICIO MUÑOZ HERNÁNDEZ

—
Estudiante.

El Tec me ha transformado positivamente, convirtiéndome en un mejor ser humano. He aprendido que uno no se debe limitar, hay que superar expectativas. El Tec me ha enseñado que las cosas imposibles existen en la manera que te lo permites.

INNOVACIÓN



Generamos ideas y las hacemos realidad,
rompemos paradigmas, asumimos
riesgos y aprendemos de nuestros
errores.



Ángel Cabrera. Rector de la Universidad de George Mason



ISAÍAS RAMÓN RIVERA HERRERA

—
Profesor en el Campus Chihuahua.

Forma parte de la cátedra de Ética y Ciudadanía.

Un camino de constante transformación

Mi nombre es Isaías Rivera, y quiero compartirles cómo el Tecnológico de Monterrey transformó mi vida.

Soy originario de El Paso, TX. Estudié la carrera en Texas Tech University, en Lubbock. Al terminar, regresé a El Paso a buscar trabajo. Uno de esos días, un compañero me comentó: “Isaías, en Juárez hay una escuela que emplea profesores de inglés”. Al siguiente día me presenté en el Tecnológico de Monterrey, Campus Ciudad Juárez, a pedir trabajo.

Mi primer empleo fue como instructor de inglés en el Centro de Idiomas. Al poco tiempo me enteré que ahí mismo se estaban ofreciendo diversos cursos de capacitación para los profesores; el primer curso que tomé fue de micro-enseñanza. Después de ese

Loyola me dio las herramientas intelectuales para darme cuenta que puedo aportar al cambio y mejorar las condiciones sociales en donde sea que me encuentre.



Isaías, de pie junto al escudo de la Universidad de Loyola, en Chicago.

Pero mi experiencia en Loyola no hubiera sido posible sin esa beca, ya que es una universidad privada de muy alto costo. Esta oportunidad se la debo a quienes creyeron en mí y me apoyaron durante ese arduo camino. Ahora puedo demostrar con mi trabajo que ha valido la pena el esfuerzo y la oportunidad que se me brindó.

En el Tecnológico de Monterrey he aprendido a trabajar y a darme cuenta que la perseverancia sí da frutos. Gracias a esa oportunidad he participado como profesor invitado en varias universidades en el

mundo, presentar documentos académicos, hacer investigación y formar parte de asociaciones y consejos para la mejora social. Siempre que puedo comparto el testimonio de cómo a partir del 2003 incorporamos la ética en los planes de estudio como eje central de la educación. En las universidades en que he dado cátedra pude comprobar lo poco común que resulta que una institución educativa invierta tanto dinero en la capacitación de sus profesores como lo hacemos aquí.

Ahora, soy profesor en el Campus Chihuahua; y hoy, 29 de abril de 2013, estando como profesor invitado en la Universidad de Corvinus en Budapest, decidí tomar esta oportunidad para darle las gracias al Tecnológico de Monterrey por haber creído en mí, por todas las oportunidades que me ha brindado y que a su vez han transformado mi vida.🌐



DAVID ALBERTO TREVIÑO RODRÍGUEZ

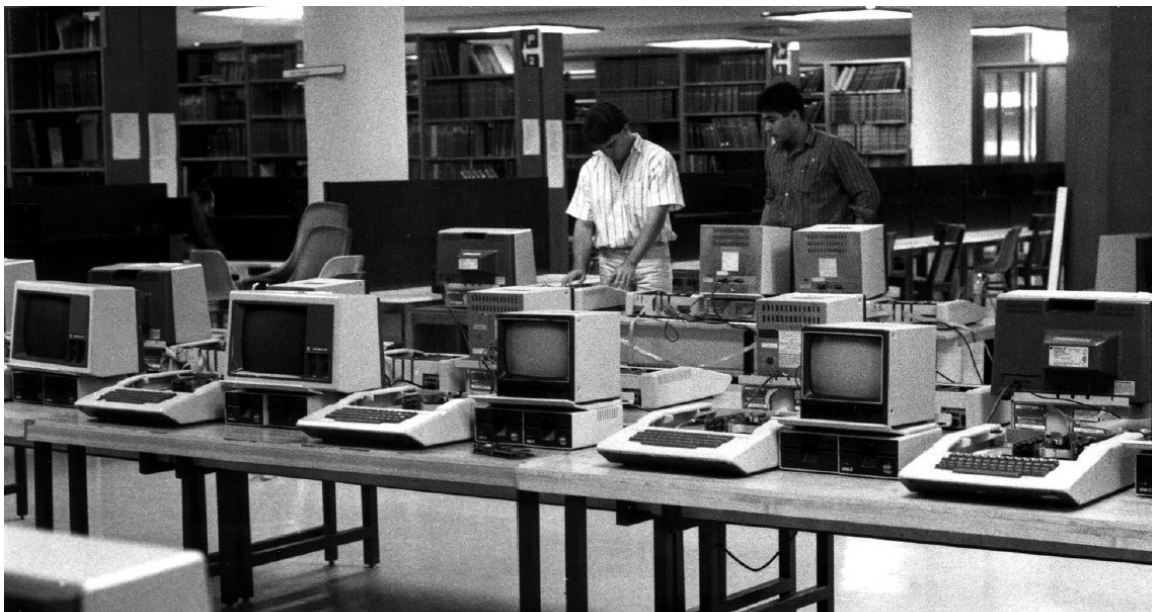
—
Director de Capital Humano y
director de Tecnología en Corporación en
Investigación Tecnológica e Informática, CITI.

Aprender a aprender

Las cosas que el Tecnológico de Monterrey me enseñó durante mi carrera llegaron a través de sus profesores y de sus métodos de enseñanza. Uno de ellos, el doctor Jorge Olvera, me enseñó que las cosas se hacen día a día, con práctica y que cuando estuviera graduado descubriría que la vida se vuelve un libro abierto. El doctor Olvera siempre nos encargaba tarea, no eran sencillas, tenías que dedicarles tiempo y pensarle, pero desarrollabas lo visto en clase a un muy buen nivel, debías ser disciplinado para realizar las asignaciones. Cada una de sus clases era una cátedra. Si hacías la tarea, no tenías problemas con sus exámenes, pero si no las habías hecho no había forma de concluir el examen. Era un académico muy

brillante que me parece diseñó el plan de estudios que estudié y que ya está retirado.

Otro profesor que me dejó profunda huella fue el doctor Carlos Scheel Mayenberger, quien me enseñó que el cliente no siempre sabe lo que quiere y que del concepto a la implementación existe un largo camino de creatividad y de acción. Con él también descubrí que no es necesario un lenguaje de programación sofisticado para hacer cosas sofisticadas.



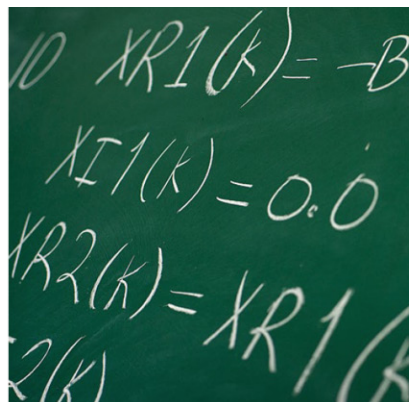
Implementar un concepto requiere de creatividad y acción.

El Tecnológico de Monterrey me enseñó a aprender por mi mismo. Tuve la oportunidad de enfrentarme al cambio porque me tocó la transición del *mainframe* a la microcomputación. Entendí que

necesitaba adaptarme al cambio, por eso primero estudié un lenguaje llamado Fortran y posteriormente, por mi cuenta, Pascal.

También aprendí que las materias debía aprobarlas con mi maestro, sin mi maestro y a pesar de mi maestro. Me enseñó a ser disciplinado y orientarme a resultados, porque debes ser profesional y las excusas no cuentan. Las cosas no duran para toda la vida y debes estar actualizado para seguir adelante.

En resumen, ahora que se habla de educación en línea, creo que lo que sucede en el salón de clase es una experiencia única. Es cierto, la tecnología nos abre el panorama, nos ayuda a conocer y saber más, pero lo que los profesores me transmitieron en el salón de clase fue único. Me enseñaron a hacer más con menos, porque hacer más con más lo puede hacer cualquiera, pero para lo otro se requiere de creatividad. Recuerdo que en un proyecto hicimos una pequeña computadora usando el teclado de una calculadora Texas Instruments y un procesador Z80, añadimos piezas de otros aparatos electrónicos y funcionó.



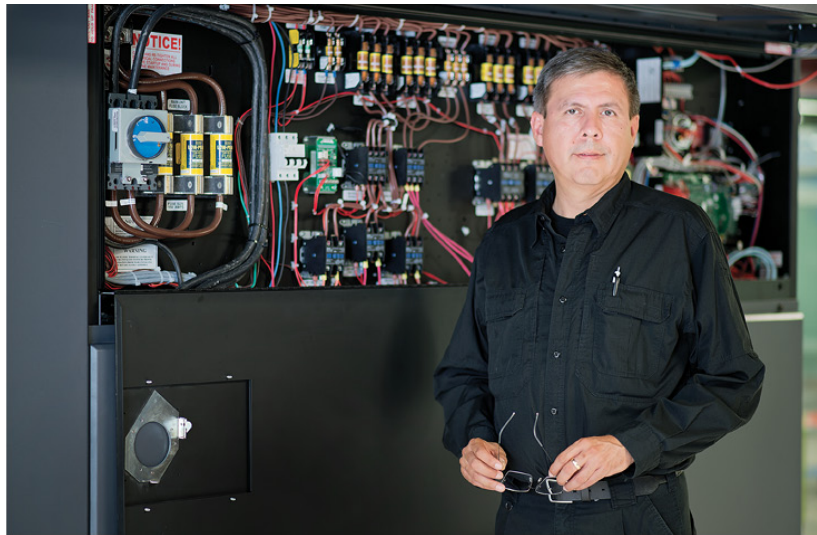
Handwritten mathematical equations on a chalkboard:

$$10 \quad XR1(k) = -B$$
$$XI1(k) = 0.0$$
$$XR2(k) = XR1(k)$$
$$2(k)$$

Entender y practicar en el pizarrón antes de ejecutar.

Soy un convencido de que el Tecnológico de Monterrey me dio la oportunidad de aprender, me hizo disciplinado y responsable.

Después de una educación en el sistema público hasta la secundaria, el Tecnológico de Monterrey me hizo saber que la educación es la clave para que nuestro país salga adelante y me transformó profundamente, ya que aprendí a aceptar el cambio, me forjó como un emprendedor y espero que, algún día, en un empresario. ☺



Para que los sistemas y equipos evolucionen, nuestro pensamiento debe evolucionar primero.



JAVIER PRIETO DE LA FUENTE

—

Vicerrector asociado de egresados del Sistema Tecnológico de Monterrey
y presidente fundador de SELIDER, organización que
promueve el liderazgo entre los jóvenes.

¿Verdad o estrategia?

La temporada de fútbol americano, Liga Nacional de 1974, había sido muy larga. Para el final habíamos enfrentado a casi todos los equipos. Sólo faltaba uno, nuestro acérrimo rival, los Auténticos Tigres de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Eso no tendría un significado diferente porque desde hacía mucho tiempo el clásico ya era un referente en Monterrey. Sin embargo, en esta ocasión se añadía que ellos llegaban invictos y nosotros perdimos nuestro juego contra los Guerreros Aztecas de la UNAM.

Por varias semanas, los medios de comunicación calentaron el ambiente; unos apostaban a que ese sería el verdadero juego de campeonato, porque los Tigres llegaban invictos y serían

Campeones Nacionales aún si perdían el clásico; otros alegaban que si los Borregos ganábamos, técnicamente habría dos campeones y los Tigres tendrían un campeonato de papel.



Cada jugada es un ejercicio de fortaleza, estrategia y coordinación.

Así llegamos al clásico una noche fresca de noviembre. Por primera vez jugaríamos en el Estadio Universitario. Nunca un clásico de fútbol americano estudiantil había despertado tanto interés, así que la mesa estaba puesta para que de ahí surgiera el campeón de la Liga Mayor. La presencia del gobernador Pedro Zorrilla y los alcaldes de Monterrey, Leopoldo González Sáenz y de San Nicolás, Luis J. Prieto, mi padre, le daban un toque especial al evento.

En los vestidores, el coach Julio Ayala nos pidió disfrutar el juego; ahí también nos entregaron un jersey nuevo, azul con números blancos y una estrella dorada en los hombros que hacía referencia al primer campeonato, el de 1972. Salimos a hacer los ejercicios de calentamiento previos con el nerviosismo natural y, por qué no decirlo, con el pánico escénico de un estadio con más de 40 mil espectadores esperando ver nuestra actuación.

Todo transcurría normalmente hasta que, al regresar al vestidor para la última reflexión, encontramos al coach Ayala echando lumbre por los ojos y espuma por la boca. Pateaba las bancas y golpeaba a puño limpio los lockers. No sabíamos que pasaba. Nos sentaron en el suelo y dijo: “Estos... nos prohíben jugar con el jersey que portan con orgullo porque son los colores oficiales de la Universidad, azul y oro. Quítenselo y pónganse el cochino que usamos para entrenar toda la semana”.

Eso despertó el coraje y el carácter del equipo. No puedo narrar la sensación y emoción que brotó en todos cada uno de los compañeros, pero sí puedo asegurar que nos metió en ese espacio que llaman La Zona, en donde te conectas con el propósito de tu vida, con tu aquí y ahora.

Durante la semana habíamos practicado tres jugadas especiales: una para engaño de patada de despeje, otra para devolución de

patada de kick off y una más era una doble reversible. Las tres resultaron en sus respectivas anotaciones.

Jugamos por nota y el marcador final declaró al verdadero campeón nacional: Borregos Salvajes 48, Auténticos Tigres 10. Nunca supe si fue cierta la razón para no usar ese jersey o si fue una estrategia del coach, ahora es irrelevante.Ⓞ



Los dos jerseys de Javier siguen inspirándole respeto y admiración.

VISIÓN GLOBAL



Vivimos una cultura global y fomentamos la diversidad.



Richard C. Levin. Rector de la Universidad de Yale



ROSAURO BARAHONA AGUAYO

—

Editorialista de Grupo Reforma.

Asesora educativa y capacitadora para el programa PEP de
la Organización del Bachillerato Internacional, IBO.

¿Qué aprendí en el Tec?

Me relacioné con el Tecnológico de Monterrey desde niña porque mi hermano mayor vino a estudiar Ingeniería Civil. Por eso, cuando en 1958 me inscribí en la recién abierta Licenciatura en Lengua y Literatura Modernas, sus instalaciones, muy diferentes a las actuales, me eran familiares.

Lo que aprendí en el Tec da para un librito. Entonces había pocas mujeres estudiantes y el nuestro fue el primer grupo formado por 26 mujeres y dos hombres. Nos encaramaron al tercer piso de aulas III, entonces la Preparatoria, porque si íbamos de un edificio a otro los muchachos creaban desorden.

Como primera generación fuimos unas conejillas de indias excepcionalmente afortunadas. Nuestros maestros iban de excelente a buenos: Luis Astey, Alfonso Rubio y Rubio, Pedro Reyes Velásquez, Juan Antonio Ayala, Felícitos Leal, Ernesto Cuervo, Eugenio del Hoyo, Isidro Vizcaya, Roberto Bravo Villarreal, José Bruner, Julio Fidalgo, Santiago Coindreau, Jesús Montejano, Olivia González, Sarita Villarreal, Wilfrido Du Solier, Concepción Zamudio, Elisabeth Kleen de Hinojosa, Herbert Meikle, Ronald Collman, William Kavetsy, John Williams, Etelvina Torres y Madame Marcos.



Parte de la primera generación de Lengua y Literaturas Modernas del Tecnológico de Monterrey.



Rosaura, como maestra del Tecnológico de Monterrey.

En el Tecnológico de Monterrey se decía que estudiábamos MMC (Mientras Me Caso), pero la realidad era muy distinta: cantidad de lectura que nos dejaban, su nivel, el esfuerzo para aceptar lo que descubríamos, las exigencias del programa y el rigor en las calificaciones nunca fueron un mero entretenimiento.

El paso por sus aulas nos transformó y dejó aprendizajes perdurables que nos acompañarán siempre: ser responsables, respetuosos, puntuales, generosos y comprometidos con nuestro medio y nuestras convicciones. Abrir la mente a cosmovisiones diferentes.

Descubrir que toda la literatura habla de nosotros y por eso leer no es sólo descifrar las palabras, sino dejar que éstas nos sacudan. Comprender que el mundo del conocimiento, de la docencia y del aprendizaje continuo, dentro y fuera del aula, no es algo sencillo, pero otra cosa es menos de lo que nos merecemos. Entender por

qué se debe cuestionar todo, incluidos, por supuesto, nosotros mismos.

Desde el punto de vista humano, también aprendimos mucho del ejemplo de nuestros maestros y de las autoridades. De los maestros, el conocimiento profundo de su materia y su pasión al enseñarla. Su sencillez personal y la sinceridad para reconocer que ignoraban la respuesta a algo. El contagio del virus de la poesía. Su generosidad con lo que sabían y tenían. Iniciarnos en la reflexión inagotable sobre nuestro lenguaje. Instrumentarnos para seguir adelante y la rigurosa formación en la escritura: para escribir hay que pensar y si alguien busca escribir bien, debe pensar bien.

También aprendí mucho de las autoridades y de las políticas tácitas: Todos los alumnos éramos iguales, sin importar el apellido, el origen, la clase social o si se era becario. Si había un conflicto con una calificación, debíamos hablar con el maestro; los directivos no intervenían, jamás, para arreglarlo. Las faltas eran las faltas y si te pasabas del límite no te las quitaba nadie. El primer y el último día de clases eran de clases, no de bienvenida ni de despedida, para eso había otros espacios.

Y no menos importantes, los aprendizajes de los compañeros. Aprendí que algunas amigas y algunos amigos se pueden convertir

en hermanas y hermanos y que algo nos une y nos unirá toda la vida mucho más allá de nuestras diferencias.

Todo eso lo aprendí como estudiante; luego trabajé ahí casi 30 años, pero ése es otro cantar. Como verán, quiero mucho a mi Tecnológico de Monterrey y le agradezco que haya contribuido tanto a ser lo que soy. 🌐



Para Rosaura, el Tecnológico de Monterrey contribuyó enormemente a ser lo que es ahora.



GALA DE LA CRUZ HERNÁNDEZ

—
Miembro del *staff* de control presupuestal y financiero de
la zona marina de PEMEX.

Hacer el sueño posible de una chica simple

En 1989, cuando estudiaba el último semestre de técnico de Administración de Empresas del CBTIS #107 de Tuxtepec, Oaxaca, becada por Automotriz del Papaloapan, yo sólo sabía de la existencia del Campus principal del Tecnológico de Monterrey, y lo consideraba como un lugar inalcanzable, a donde jamás llegaría por mis posibilidades económicas y mi tipo de bachillerato, pues tenía la idea errónea de que sólo aceptaban alumnos de colegios particulares. Además, entonces era una adolescente muy introvertida.

Sin embargo, el ingeniero Gonzalo Tress Petrilli, director de la automotriz, me animó a presentar el examen de admisión en el Campus Central de Veracruz. Era tanto mi miedo que debí presentar

la prueba dos veces. A inicios del mes de julio recibí una llamada del Tecnológico de Monterrey donde me decían que me aceptaban. Mayor fue mi sorpresa cuando me dijeron que tenía una beca del 90% para la carrera de Licenciado en Sistemas Computacionales Administrativos.

Siendo honesta, al primer mes de estancia ya quería desertar, porque aparte de que mi hospedaje era inestable en Córdoba, algunas personas dentro del propio Instituto no me auguraban éxito. Y tenían buenas razones para creerlo porque no daba una en Lenguajes de Programación. Una vez mis compañeros me hicieron la broma de apagarme el monitor de la computadora sin darme cuenta y empezaron a decirme que había descompuesto el equipo y debía pagarlo. Además, me miraban raro porque me dirigía de usted a los profesores. Para terminar, mi ropa no combinaba y no aceptaba aventones a mi domicilio para evitar regaños de la tía con quien vivía.



Tras sobreponerse al primer intento, Gala obtuvo una beca del 90% para estudiar la carrera de LSCA.

Quizá si hubiese pasado más tiempo habría desertado. Pero ocurrió que en el primer parcial de Matemáticas fui la primera en terminar y con calificación de 10, y así pasó con los demás parciales. A partir de entonces, mis compañeros comenzaron a invitarme a estudiar en equipo. Poco después, mi profesor de Álgebra Booleana dijo frente al grupo que podía dirigirme a él de usted sin ningún problema. Ese primer verano tomé la materia de Expresión Oral y gané en el examen final con el tema “Los vestigios de Córdoba: Histórico vs. Moderno”, asesorada por Luis Castro de la Garza (qepd), coordinador de DAE del Campus, a quien siempre le estaré agradecida por ayudarme a vencer el miedo de hablar en público.



Arriba: Gala, acompañada de su familia en su graduación.

Abajo: De visita en Monterrey durante el Jubileo Tec, 1993.

No tengo duda alguna que también ayudó en mi desarrollo y transformación la participación en Difusión Cultural y en deportes. Así conocí varios campus, supe por primera vez lo que era viajar en un avión, conocí a Helena Rojo y Roberto Damico, pero la mayor experiencia fue bailar en el Auditorio Nacional con el evento TEC 50 y en el estadio del Tecnológico de Monterrey, en el Jubileo Tec, representando al estado de Veracruz.

Gracias al Tecnológico de Monterrey, fui ejemplo de varios jovencitos, algunos también de bajos recursos, en comunidades como Tuxtepec, Córdoba o Tehuacán, donde pude demostrarles que todo depende de nuestro empeño para lograr lo que nos proponemos. Era grato llegar a casa, en el Campamento Gral. Miguel Alemán, Veracruz, y que los vecinos me pidieran que aconsejara a sus hijos para escoger una carrera profesional.

Estudiar en el Tecnológico de Monterrey me abrió muchas puertas de trabajo y facilitó el desarrollo de mis labores profesionales sobre todo para la industria petrolera en el Golfo de México. Una de las experiencias más interesantes fue trabajar en la residencia oficial de Los Pinos durante el sexenio del presidente Vicente Fox y en la oficina de vinculación del INEGI con el doctor Antonio Millán Arellano.

Quiero aprovechar este testimonio para agradecer una vez más a la Automotriz del Papaloapan, a mis padres, a mis hermanos y amigos, en especial a las familias cordobeses Tress Petrilli, Castro de la Garza Hernández y Morayta Galán, por su enorme apoyo y porque nunca dejaron de creer en mis capacidades antes, durante y a mi salida del Tecnológico de Monterrey. 🌐



Gala disfruta de su trabajo actual para Pemex en la Sonda de Campeche.



DANIEL GARCÍA GONZÁLEZ

—

Supervisor del Área de Order Entry and Planning y
Project Manager para Flowserve, planta Coacalco.

Para poder actuar, primero debes entender lo que sucede

A lo largo de mis años como estudiante del Tecnológico de Monterrey, tuve la oportunidad de conocer gran variedad de profesores, algunos eran expertos en sus áreas y otros que eran amplios conocedores en áreas completamente ajenas a lo que nos impartían.

De entre todos ellos, hubo uno en particular que determinó aspectos muy importantes para mi desarrollo, no solamente en el lado académico, sino en los principios mismos de la investigación y en la búsqueda del conocimiento más allá de lo que a uno se le indica. Se trata del doctor Francisco Delgado.

Digno profesor del área de física elemental, con deseos de aprender y de enseñar, así como de una capacidad sorprendente para identificar el lado racional de las cosas son sólo algunas de las características que demuestran la calidad de persona que trato de definir.



Tanto para motores sencillos como complejos, los fundamentos teóricos son los mismos.

En alguna ocasión, un compañero de equipo y yo no lográbamos hacer que funcionara nuestro experimento de motor eléctrico para

una clase. La entrega era al día siguiente y no teníamos nada operativo.

En nuestra desesperación, o quizá fue un acto inconsciente de análisis interno, acudimos con el profesor Delgado para preguntar si él sabía qué podíamos hacer para terminar algo en lo que habíamos estado trabajando sin éxito durante un par de meses. Al llegar lo encontramos ocupado y dijo: “Espérenme un poco y los atiende”. Pasada una hora fuimos de nuevo y nos recibió. “A ver, saquen todo lo que tienen para hacer su motor”.

Ambos le mostramos el material del que disponíamos: algunos cables, un par de imanes, un protoboard y varias baterías. Se detuvo a pensar, observó lo que teníamos y nos preguntó: “¿Cuál es el principio de los motores eléctricos?”.

Entre balbuceos tratamos de responder. Aunque no estábamos preparados para su pregunta, nos dimos a entender. El profesor rio antes de darnos una simple pero clara explicación sobre los elementos fundamentales de un motor. Eso le habrá tomado una media hora y fue suficiente para aclarar lo que tanto batallamos en dilucidar. Al terminar, añadió: “Necesitamos algunas piezas, déjenme ver qué tengo aquí”.

Comenzó a revisar en su cajón y sacó algunos clips, seguros, un mondadientes y tapas de pluma. Parecía una serie de televisión

porque con todo eso, logramos terminar un motor eléctrico cerca de las diez de la noche. Recuerdo perfectamente este evento no porque el profesor nos haya dicho cómo hacer las cosas, sino por demostrarnos que siempre hay solución a un problema, sólo necesitamos detenernos un poco, pensar en el fundamento del problema e identificar cómo solucionarlo de la mejor manera. O, al menos, de manera ingeniosa. 🌀



El conocimiento teórico y el pensamiento estructurado son fundamentales para resolver problemas.



YASIR ELÍ MORENO HERNÁNDEZ

—

Estudia la Licenciatura en Derecho y Ciencia Política en Campus Morelia.
Es asesor auxiliar de la Comisión Legislativa de Derechos Humanos del Congreso del Estado de Michoacán y presidente de la organización En Voz Alta México, A.C.

El reto que significa tomar y mantenerme en este camino

Increíble. Así describo el largo camino que atravesé para acceder a lista de alumnos del Tecnológico de Monterrey. Llamadas, reuniones, visitas, acercaTecs, correos, todo con la intención de quedarme en el Campus Morelia. El equipo que daba seguimiento a mi proceso realizó una labor loable y extraordinaria, nunca me dejaron. Ahora, orgullosamente, soy alumno del Tec.

¿Por qué el proceso para ingresar fue increíble para mí? Por mi origen, por mis condiciones, por todo lo que representa. Nací en Paracho, Michoacán, el corazón de la meseta p'urhépecha; mis

padres son artesanos, torneros, con cuyas manos convierten un trozo de madera en la más bella expresión del juguete mexicano tradicional. Mis padres depositaron tal nivel de confianza en mis capacidades que mi sueño de ingresar al Tecnológico de Monterrey se cumplió.

El esfuerzo ha sido grande, muy grande. Primero, representó cambiar el estilo de vida. “A partir de ahora te vas a tener que limitar en muchísimos de los gastos”. Cada semana, el domingo por la noche, al contar el dinero, determinaba que para esa semana sólo podía gastar 48 pesos por día, incluyendo el camión. Y así distribuía el dinero para cada día, dejando apenas algo de ahorro para la siguiente semana.

Ese es el precio que pago con gusto porque la estancia ha sido maravillosa. He crecido personalmente, he adquirido conocimientos importantes y he conocido personas aún más importantes.

Cuando entré al Tecnológico de Monterrey comprendí que iniciaba la construcción de mi futuro y que requería de un verdadero compromiso. Y para construir ese futuro me encontré con profesores que se convirtieron en grandes amigos y consejeros. Maestros con vocación, esos que crean la experiencia de aprender, de educar para la libertad.

Jóvenes, dejen su comodidad y salgan en busca de la libertad, y siendo libres no olviden esa consciencia social que urgentemente necesitamos en estos momentos.



Yasir en el Tecnológico de Monterrey, Campus Morelia.

No es fácil describir la experiencia con los amigos. Uno de ellos me dejó hace tiempo un mensaje: “No sólo lo admiro como el luchador de vida que es, sino que lo estimo como el buen amigo que es usted”. Todo eso me ha transformado, han logrado que me vea a mí mismo como un ser humano sensible, con la capacidad de transformar realidades.

Decir que soy orgullosamente estudiante del Tecnológico de Monterrey requiere de gran responsabilidad, de un profundo compromiso con el espíritu que emana de nuestra Institución. Asumir y mantener dentro de nosotros el sentimiento de nuestra escuela, la vocación de nuestra carrera y el ánimo de nuestra misión nos hace involucrarnos con el diseño del destino no sólo de nuestra persona, sino de nuestras comunidades, de nuestro país y de la humanidad. 🌐



Yasir, en su faceta de orador.



CARLOS ZAPATA ESQUIVEL

—
En proceso de jubilación tras 35 años de trabajo.

Los 50 años siempre será una buena edad para empezar

En el 2004 tenía ya 26 años de trabajar en *Mexinox*, una empresa de San Luis Potosí, y había tenido la fortuna de trabajar en diferentes departamentos: Producción, Control de Calidad, Sistema de Aseguramiento de Calidad, Recursos Humanos y Administración.

Mucha gente me conocía y al saludarme me decían ingeniero o licenciado. Por años me cansé de decirles que sólo era técnico en máquinas de combustión interna y que prácticamente mi carrera era lo que aprendí en la empresa. Siempre tuve deseos de realizar una carrera profesional pero por una u otra situación no lo había hecho. Y estaba a punto de cumplir 50 años de vida.

Entonces se me presentó una magnífica oportunidad porque Mexinox me ofrecía las facilidades para estudiar una licenciatura en

el TecMilenio.

Recuerdo cuando salió la convocatoria e hice los exámenes de preselección, selección y admisión. También recuerdo el enorme gusto que sentí cuando me dieron la noticia de que había sido admitido. Tan pronto pude, salí rumbo a casa para darle la noticia a mi familia.



Una oportunidad de TecMilenio que Carlos pudo aprovechar.

Cuando les conté, mi hijo mayor Carlos Emmanuel me dijo: “Ya ‘apá, ¿a poco usted va a estudiar?”. Y le contesté: “Sí, voy a estudiar y a ponerles el ejemplo”, porque entre las cosas que influyeron para tomar la decisión de hacer una carrera fue motivar a mi hijo que estaba estudiando pero empezó a flojearle cuando le faltaban dos años, y que la mayoría de mis amigos de secundaria tenían un título profesional y yo no.

Después de seis años de empeño y dedicación tras las horas de trabajo en la empresa, terminé mis estudios y me gradué en 2011 como Licenciado en Mercadotecnia.



Estudiar una carrera en TecMilenio motivó a sus hijos para terminar sus carreras y a su esposa Paula a completar la secundaria.



Carlos no sólo se graduó, lo hizo con Mención Honorífica.

Cuando comencé a estudiar, le decía a mi esposa y a mis hijos que este título posiblemente no me serviría mucho porque ya había

hecho mi carrera en la empresa, pero que estaba muy entusiasmado por convertirme en un profesionalista. Sin embargo, ahora, a punto de jubilarme, pienso que me servirá para iniciar un nuevo ciclo, donde pueda mantenerme activo apoyando a jóvenes, compartiéndoles mis conocimientos y experiencia.

Quisiera terminar diciendo que estudiar una carrera en el TecMilenio transformó mi vida y la de mi familia, ya que esto motivó a que mis tres hijos terminaran sus carreras, y aún más: mi esposa Paula que sólo tenía la primaria, se animó a estudiar y completar la secundaria abierta. 🌐



HUGO GARZA LEAL

—
Director de Difusión Cultural, de la Revista Musical y presidente del
Festival Folklórico Internacional Globalifílicos.

Todo comenzó por el mural de Rectoría

Decir que el Tecnológico de Monterrey me transformó la vida es quedarse corto, en realidad no sólo me transformó, sino que me dio las herramientas, el conocimiento y la experiencia para hacer de mi vida lo que es ahora.

Mis primeros recuerdos del Tecnológico de Monterrey tienen que ver con los viajes que hacía mi familia a la ciudad. De pequeños, cada vez que llegábamos de Cd. Victoria, pasábamos rigurosamente frente al Campus Monterrey. Siempre era lo mismo: yo no podía dejar de ver el mural de Rectoría y los mensajes que contenía. Soñaba con estudiar en sus aulas.

Cuando por fin entré a la carrera de Arquitectura, sabía del esfuerzo intelectual que significaba estudiar aquí. No me importaba, en ese

momento estaba haciendo mi sueño realidad, aunque aún no sabía que el verdadero sueño comenzaría en muy poco tiempo.



Desde que vio el primer espectáculo del Tec, Hugo supo que su vida estaría ligada al escenario.

La culpa fue de una prima mía, que me invitó el primer semestre a ver la Revista Musical. Era un domingo en la noche de fin de temporada y reponían “Vive como quieras”. Desde que se abrió el telón hasta el fin del espectáculo estuve impactado. Si la arquitectura y el arte me gustaban desde pequeño, a partir de entonces supe que mi verdadero lugar estaba alrededor del escenario. Esa noche también conocí al licenciado Gerardo Maldonado, entonces director de Difusión Cultural.

Para el semestre siguiente me apunté a las audiciones, pero a la hora de la verdad no me presenté. Siendo sinceros, temía que me rechazaran. Con ese reto enfrente, mi padre me dijo que buscara un lugar en la ciudad donde pudiera estudiar canto de manera formal. Así fui a dar con la maestra Alicia González de Fernández, quien dirigió el primer coro que tuvo el Tecnológico de Monterrey, mucho antes de existir Difusión Cultural. A ella le debo mucho de mi formación artística.



El concierto Ensamble es uno de los eventos más representativos del Tecnológico de Monterrey.

Para evitar un rechazo, primero me acerqué al Coral Tec, en gran parte porque no había audiciones, ahí también tuve contacto con

algunos de quienes más tarde serían mis compañeros del Ensemble.

A la siguiente oportunidad que tuve, me presenté a la audición. Como era una reposición, sólo había una vacante de un alumno que se fue al Campus Guaymas. Mientras todos los aspirantes audicionaban con canciones de Barry Manilow, Neil Diamond o los Beatles, yo llegué con una pieza para canto y piano: una granadina de Calleja. Era una canción del siglo XIX, complicada, con corte aflamencado, de las que yo estudiaba con la maestra Alicia González.

Tras la primera impresión de sorpresa y algunas francas carcajadas del licenciado Maldonado por mi osadía, me quedé con el puesto sobre otros diez candidatos.

A partir de entonces comencé a vivir en y por el escenario, sin dejar de lado mi carrera de arquitectura. En esas aulas también tuve un maestro excepcional: el arquitecto Manuel Rodríguez Vizcarra, cuya capacidad para conectar la información más variada en el proceso de la creación nunca dejó de sorprenderme.

Apenas surgió una vacante en el departamento de Difusión Cultural me postulé, no me importaba que fuera un trabajo operativo porque finalmente estaba adentro del lugar que me llenaba. Desde ese lugar trataba de aportar en cuanto a vestuario, escenografía,

producción e iluminación (tuve un curso intensivo de cuatro días cuando el titular no pudo viajar a una gira por Chihuahua en 1980) y el licenciado Maldonado tomaba las ideas que consideraba adecuadas. Así me fui integrando al equipo, hace ya 33 años.

A lo largo de mi vida profesional, mis cuatro mentores, a quienes les debo gran parte de lo que soy, son el licenciado Gerardo Maldonado, la maestra Alicia González de Fernández, el arquitecto Manuel Rodríguez Vizcarra y la maestra Margarita de Montejano. Cuatro apasionados del arte y con una férrea disciplina. Pero mi mayor maestro ha sido el propio Tecnológico de Monterrey, quien me permitió descubrir mi vocación y realizarme a plenitud. 🌐



Hugo siempre está junto a sus artistas, tanto al frente como tras el escenario.

TRABAJO EN EQUIPO



Fomentamos el trabajo colaborativo y buscamos el éxito colectivo por encima del individual.



Difusión cultural



ELÍAS PASQUEL REYNA Y JOSÉ ERICK YÁÑEZ NAVARRO

Elías es coordinador de comunicación en la dirección de Asuntos Estudiantiles del Campus Ciudad de México.

Erick estudia séptimo semestre de la Licenciatura en Comunicación y Medios Digitales y es colaborador en la estación de radio del Campus Ciudad de México.

Ser Nautilus

“El Tecnológico de Monterrey es mi Alma Máter, mi casa. Aquí tuve la oportunidad de cursar mi preparatoria, mi carrera profesional y hoy en día trabajar en sus instalaciones para transformar vidas”. Así explica Elías Pasquel su paso por el Tecnológico de Monterrey. “Tengo mucho que agradecerle porque aquí conocí a mis mejores

amigos, pude aprender de grandes seres humanos que fueron mis profesores, aprendí a ser líder, a generar grandes proyectos”.

Pero sobre todo, Elías tiene un agradecimiento especial porque durante cinco años, de 2007 a 2011, tuvo el honor de representar y dar vida a *Nautilus*, la botarga del Campus Ciudad de México.

Era un gran reto, pues se trataba de dar vida a un personaje nuevo, el símbolo del campus. “Fui el elegido para estrenar la botarga y personificar al símbolo más importante. Partidos, integraciones, bienvenidas y muchos eventos fueron los que pude disfrutar gracias a esta oportunidad”.



Nautilus siempre está presente en las actividades deportivas del Campus
Ciudad de México.

Por su parte, José Erick tenía cinco años en el campus con la camiseta bien puesta. “Fueron años donde era realmente competitivo y conocí a mis mejores amigos. Pero desde que entré a la licenciatura y, aunque sumé tres diplomas de excelencia, no estaba satisfecho”.

Cuando apareció en Twitter la convocatoria para el *casting* del nuevo *Nautilus*, su hermano y otros amigos lo animaron. “Significaba que ellos veían en mí lo necesario para convertirme en la mascota del campus”.

Aunque no muy convencido, la mañana del *casting* decidió intentarlo. “Preparé una mezcla de canciones, llené mi hoja de registro y corrí al salón. Hice mi rutina con y sin la botarga, nos hicieron un par de preguntas y listo, ¡estaba adentro!”.

Entusiasmado, le contó la noticia a su familia y amigos: era una magnífica oportunidad para conocer gente, hacer a un lado su timidez y ser feliz con la felicidad de los demás. Sus metas personales tomaron la forma de un borrego cimarrón. También descubrió lo que Elías ya sabía por experiencia propia: se suda adentro, es difícil ver por la boca, debes ir al gimnasio, es muy divertido sacarse fotografías, los niños son muy traviesos y es un

orgullo ser el ícono del campus. Durante su primera temporada, Elías y Érick se ayudaron mutuamente en el trabajo de *Nautilus*.

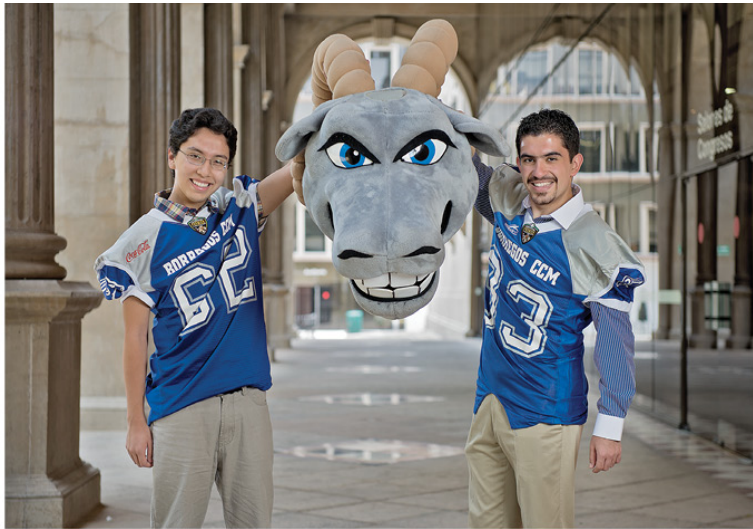


Los niños disfrutaban cada una de sus actuaciones.



Hoy, Elías se siente orgulloso de decir que tuvo el honor de representar al Tecnológico de Monterrey como la botarga del Campus Ciudad de México. “Guardo en lo más profundo de mi corazón todas las risas que provoqué, todo el ánimo que impulsé y todo el aplauso y el reconocimiento del público que me vio en cada

una de mis actuaciones. En este 70 aniversario, celebro que el Tecnológico de Monterrey transformó mi vida, permitiéndome ser un gran profesionalista que disfruta cada momento de la vida y que demostré lo mejor de mí a través de *Nautilus*, dejando una huella en la historia de nuestra institución”.



Elías y Erick son las dos únicas personas que han dado vida a *Nautilus*.

Por su parte, Erick afirma: “Fue una decisión que ha transformado mi vida. Lo siento al caminar por los jardines, al saludar profesores y amigos, en mi desempeño académico, en mi bienestar físico, en mi actitud y perspectiva. Ser *Nautilus* ha sido una de las experiencias más enriquecedoras que he vivido. En cada evento trato de dejar un poco de la alegría que me inspira encarnar el espíritu de mi institución. Regalar sonrisas es el trabajo más dulce del mundo”. ☺





MARÍA ISABEL RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

—
Subdirectora de postquirúrgicos medicina interna y del
Centro de Transplantes del Hospital San José Tec de Monterrey.

Nuestro trabajo es tomar decisiones de vida o muerte

En enero de 2001, cerca de las tres de la madrugada, me encontraba supervisando el área de urgencias del Hospital San José Tec de Monterrey. Entonces llegó una ambulancia de la Cruz Roja que trasladaba a una joven que acababa de sufrir un accidente muy grave. Al llegar, fue valorada por el personal de guardia y consultaron con un neurocirujano que se encontraba en esos momentos. Cuando la revisaron, se decidió llevar a cabo varias pruebas para verificar si necesitaba cirugía.

Cuando la pasaron a radiología empezaron las complicaciones administrativas puesto que llegó sin identificación. Preguntando al personal de la ambulancia, apenas sabían que fue un accidente en

la colonia del Valle, cerca del hospital, que la joven manejaba un auto Malibú y que estaba muy grave. Por eso la subieron lo más pronto posible y la trasladaron al hospital más cercano.



Del buen diagnóstico en Urgencias depende una buena recuperación.

El primer problema era que, sin conocer su nombre, no había familiares que firmaran la carta responsiva, elemental en cualquier procedimiento. En el Ministerio Público tampoco tenían registro del accidente a pesar de que proporcionamos sus generales: estatura mediana, entre 20 y 22 años, tez blanca y ropa oscura. Como institución de salud sabemos que cuando hay un accidente, si el paciente está grave debe llegar a la unidad más cercana donde se le pueda recibir, en este caso la nuestra. Ahí debíamos estabilizarla.



Una intervención oportuna es crítica para recuperar la salud.

El segundo problema, el más grave, se presentó cuando al salir de las pruebas el neurocirujano explicó que la paciente debía ser intervenida inmediatamente pues su vida estaba en peligro. Armándome de valor, le dije al doctor: “En el nombre sea de Dios. ¡Adelante, que entre a cirugía!”. Ya habría tiempo de obtener la información. En ese momento ayudarla a aferrarse a la vida era lo más importante y debíamos actuar de inmediato.

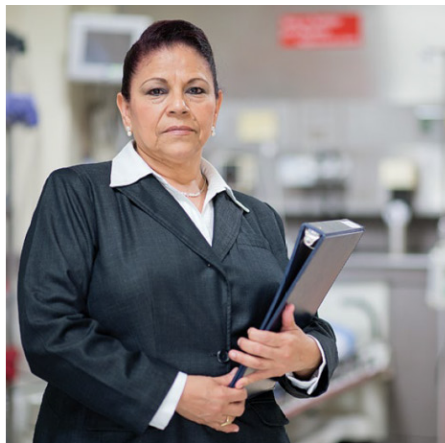
Durante la cirugía, me comuniqué con el supervisor de seguridad y le pregunto: “Oiga, don César, hable de nuevo al Ministerio Público, se me hace muy extraño que una mujer no traiga identificación y que tampoco tengan información de ese accidente”.

Finalmente salió de cirugía y pasó a terapia intensiva. Ahí se estabilizó, pero seguíamos sin saber quién era. No fue sino hasta

dos días después que, finalmente, se contactó a los familiares. Entonces supimos que se llamaba Adriana y que la familia era de Ciudad Victoria.

La muchacha estuvo mucho tiempo en el hospital, siguió en rehabilitación por un problema de déficit motriz y de habla hasta que finalmente los médicos la dieron de alta. Meses después regresó y fue a agradecerme lo que hice por ella, me dijo que era su ángel y que si no fuera por mi decisión no estaría con vida.

A lo largo de 40 años en la institución, este es el tipo de satisfacciones por las que vale la pena nuestro esfuerzo. Cambiarle la vida a una persona también nos cambia a nosotros, valoramos más lo que tenemos a nuestro lado y le damos otro sentido a nuestro trabajo. 🌐



María Isabel en el área de urgencias del Hospital San José, Tec de Monterrey.



MARÍA ESTHER RIVERA VERA

—
Jubilada del Tecnológico de Monterrey tras
34 años de labor ininterrumpida.

Un cambio de vida

En la vida hay momentos cuando se nos presenta la oportunidad de crecer y desarrollarnos. Esas oportunidades caen de maneras que una ni se imagina. Así me pasó en el Tecnológico de Monterrey, trabajando con mi jefe, el doctor Ricardo Elizondo Elizondo.

Llegué a la ciudad desde Salvatierra, Guanajuato y poco después me integré al Tecnológico de Monterrey en el departamento de Escolar. Ese mismo mes, enero de 1978, le escribí a mi madre atrás de mi primer recibo de pago que estaba muy contenta y agradecida porque me abrían las puertas de la escuela más grande del mundo. Hoy sigo creyendo lo mismo que hace 35 años.

A los pocos meses de trabajar en Escolar pasé como secretaria auxiliar del rector Fernando García Roel. Al año siguiente

contrataron al doctor Ricardo Elizondo Elizondo como director de la Biblioteca Cervantina. Como su área era nueva, no tenía secretaria y me indicaron que cuando fuera lo atendiera personalmente.

Unos años después me cambié de área, ahora nos encargábamos de estandarizar los procedimientos de los primeros campus del Tecnológico. Ahí tuve más contacto con el doctor Elizondo. Básicamente me pedía que le ayudara con cuestiones administrativas. Yo era una muchacha joven y no tenía idea de lo que hacía el doctor en la Biblioteca Cervantina.



María Esther Rivera, con uno de los libros que cuidó con esmero durante 24 años.

Cuando en 1986 el doctor Elizondo me invitó a trabajar con él, finalmente, supe lo que era una biblioteca. Desde años antes la veía como un espacio cerrado, oscuro, lleno de libros, que parecía detenido en el tiempo. Cuando comencé a trabajar ahí descubrí un mundo nuevo y fascinante. Aún entonces nadie me había dicho la clase de intelectual con la que me había ido a trabajar.

Estar cerca del doctor Elizondo significó aprender todos los días. Además, con él se contagia el gusto por aprender porque él siempre está descubriendo cosas nuevas y, como parte de su equipo, una se siente impulsada también a hacerlo. Yo veía cómo a diario ponía en práctica una frase muy suya: “A nuestra alma debemos adornarla con el conocimiento”.

personalidades que iban a que los ayudara a encontrar el material para sus investigaciones y ver cómo sus proyectos se convertían en realidad es muy gratificante. Una simplemente ponía su granito de arena para que ellos hicieran mejor su trabajo.



Doctor Ricardo Elizondo Elizondo, responsable de la Biblioteca Cervantina durante décadas.

Fueron 24 años en la Biblioteca Cervantina, y me pude quedar otros 24, pero las cosas deben evolucionar. Sin embargo, formar parte del Tecnológico de Monterrey, entrar en esa biblioteca y trabajar junto a un intelectual de la talla del doctor Ricardo Elizondo Elizondo realmente transformó mi vida. 🌐



ABIGAÍL GUZMÁN TAMEZ

Fotógrafa profesional, realiza gran parte de su trabajo en el Tecnológico de Monterrey.

Escribir historia con la luz

He vivido más de dos terceras partes de mis años en el Tecnológico de Monterrey. Pasar por sus aulas, enseñar en ellas y fotografiar su día a día han transformado definitivamente mi vida.

Cursé mis estudios de preparatoria cuando ésta se encontraba ubicada en Aulas III del Campus Monterrey, hace ya una buena cantidad de años. Después estudié la desaparecida licenciatura en Lengua Inglesa, por lo que me describo como una profesionalista de colección, y fui profesora de planta durante diez años, primero en el departamento de Humanidades y posteriormente en la dirección de Desarrollo Académico.

Siempre fue mi ilusión estudiar en el Tecnológico de Monterrey. Viví y crecí muy cerca de sus instalaciones y pasaba frente al mural

cuando iba a la primaria y a la secundaria. Un día mi sueño se hizo realidad. En sus pasillos y salones tuve el privilegio de tratar a muchos ilustres profesores que contribuyeron a mi formación y me enseñaron el valor de la disciplina y la integridad.



Detener en el tiempo emociones, triunfos, retos, momentos.

Durante una década fui profesora en nivel profesional en el Campus Monterrey y vi a muchos alumnos pasar por las aulas. A todos los recuerdo con muchísimo cariño, pues me enseñaron más de lo que pude imaginar. Pero como dice la Biblia: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”.

Entonces llegó el momento de independizarme. Nunca olvidaré las palabras de mi padre cuando me senté con él y le platicué sobre mi decisión. Me dijo: “Es hermoso ser una chispa de un gran fuego, pero también las luciérnagas que tienen luz propia son hermosas”. A partir de ese día emprendí una nueva aventura.

Me inicié como fotógrafa profesional hace 22 años. Aunque siempre me gustó la fotografía, nunca imaginé que se convertiría en mi modo de vida: pude hacer de mi pasión, mi trabajo y profesión. Toqué puertas y por fortuna se abrieron muchas.



La bendición de fotografiar la formación de un espíritu emprendedor con sentido humano.

Una de ellas fue la del Tecnológico de Monterrey. Hace doce años regresé, ya no como estudiante o profesora, sino como fotógrafa.

A lo largo de este tiempo he tenido la oportunidad y el honor de registrar infinidad de aspectos de su vida y de su evolución cotidiana. Aunque cambié de profesión, sigo caminando, comiendo, viviendo y soñando Tec. Puedo decir que, si no vengo a diario, sí lo hago casi todas las semanas del año.

Mi trabajo como fotógrafa también tiene ciertos privilegios que no cambio por nada: Exploro en todos los rincones para registrar la vida del campus; entro a los salones y veo a los muchachos llegar a su primer día de clase, contentos, ansiosos, algunos asustados, pero todos con infinitas ganas de aprender. También contemplo en los pasillos, en las cafeterías, en los laboratorios o en los eventos deportivos y culturales el paulatino pero firme avance de su desarrollo como estudiantes, como emprendedores, como investigadores, como líderes, como artistas o como deportistas; en fin, su crecimiento como hombres y mujeres de bien.

Escribir historias con la luz me ha permitido reencontrar amigos entrañables que algún día fueron mis alumnos y ahora son rectores, directores, profesores, compañeros de alegrías. También he tenido el gusto de conocer a cientos de personas maravillosas que forman un ejército silencioso que le da vida y mantiene funcionando a la institución: guardias, jardineros, personal de intendencia, cocineros; todos ellos me han demostrado que poseen un amor especial hacia el Tec.

En cada graduación lloro, sin fallar nunca. No sé lo que vean los padres y los propios graduados, pero yo veo a los alumnos y alumnas a quienes acompañé silenciosamente en sus primeros salones, convertirse en ciudadanos responsables, ansiosos por salir al mundo a demostrar quienes son y lo que pueden y quieren hacer por los demás. Veo su compromiso social y la necesidad imperiosa de regresar a su comunidad un poco de lo mucho que han recibido.



Arriba: Desde pequeña, Abigail ya disfrutaba de la fotografía.

Abajo: El trabajo de registro nunca termina dentro del Tecnológico de Monterrey.

Toda esta experiencia ha sido enriquecedora. Por mi parte, estoy muy satisfecha porque mi cámara, mi aliada incansable, me ha permitido plasmar la transformación de las vidas que pasan por el Tecnológico de Monterrey. Y esa transformación ha sido, de una u otra forma, también la mía. 📷



CARLOS ALBERTO ZERTUCHE ZUANI

—
Profesor de pediatría en la Escuela de Medicina y
presidente del Cuerpo Médico del Hospital San José Tec de Monterrey.

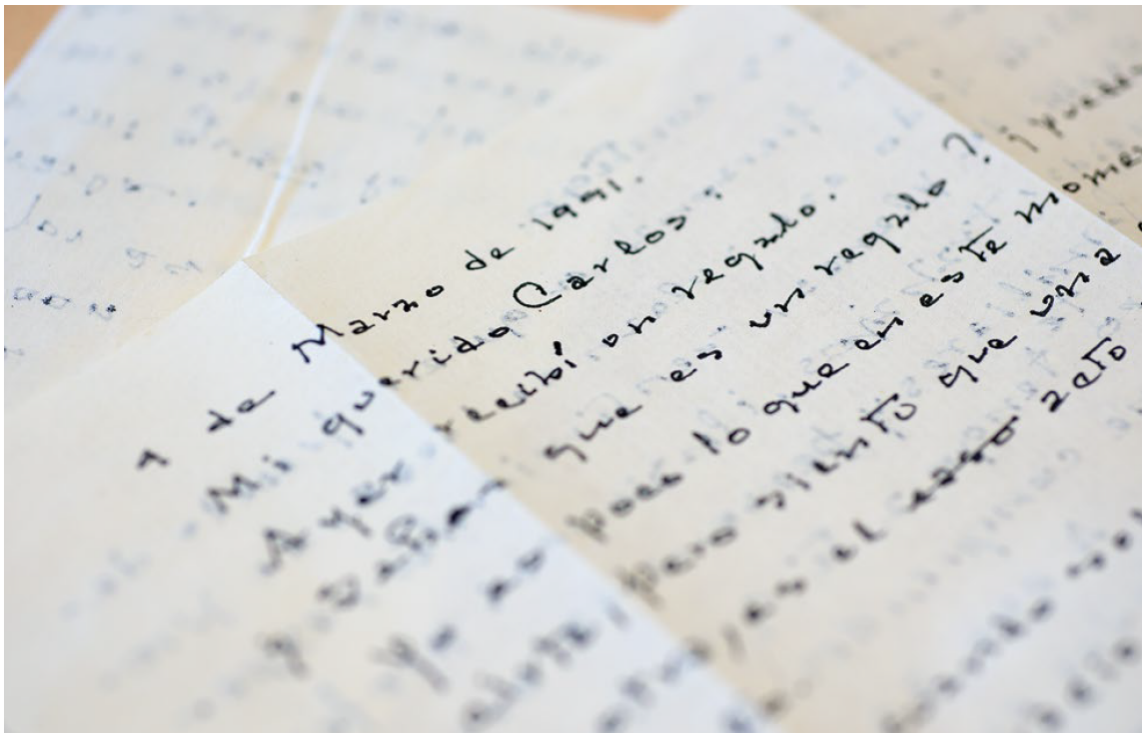
Quería ser profesor y terminó de alumno

Rescato de la memoria algunos hechos que marcaron mi vida. Uso la maravillosa herramienta del lenguaje para vestir con palabras mis recuerdos. La historia que comparto es un ejercicio cercano nunca absoluto de la realidad, ¿por qué cercano y no absoluto? Porque el tiempo nos cambia y la interpretación y perspectiva de lo que fuimos cambia también.

Respiro profundo, me invade la energía propia de la juventud, el entusiasmo desbordante de otros días, la inquietud por la aventura y la ilusión. Iniciaba el viaje, el viento soplaba a mi favor, el horizonte era amplio y todo era esperanza y posibilidad.

La historia inicia cuando estudiaba medicina en la década de 1970 y mantenía un constante contacto epistolar con mi padre, médico de

profesión. Conversábamos mediante correspondencia manuscrita. El intercambio de ideas requería de más esfuerzo y dedicación pero, a cambio, siempre era compensado por la gratificación de sentir a dos almas venciendo la distancia.



Parte de la correspondencia entre Carlos y su padre. Reflexiones que se mantienen vigentes.

En alguna de esas cartas encontré unas líneas con conceptos que hasta la fecha me siguen sacudiendo: *La vida es de ideas, de sueños, pero sobre todo de acción. Si deseas y algo te apasiona en el camino, simplemente prepárate y hazlo. Sólo hay dos resultados posibles y ninguno es malo. Si triunfas, sé humilde, agradece, comparte y redirige tus esfuerzos hacia nuevos logros. Si fracasas, recapacita, aprende, sonríe y a*

otra cosa. Pero lo que nunca debe suceder es que te quedes con la duda existencial que paraliza el corazón y la conciencia, ¿por qué no lo hice, por qué no lo intenté?

Pasaron los años y en plena actividad profesional empecé a sentir el deseo de compartir mis conocimientos y experiencias. Algo en mi interior me decía que enseñar es una de las mejores formas de encontrar la realización y trascendencia. Volvieron a mi mente las recomendaciones de mi padre: no te quedes con la duda, actúa.



Carlos, como médico, sigue los pasos que le mostró su padre y lo complementa con las enseñanzas de sus alumnos actuales.

La vida está llena de afortunadas coincidencias, además de oportunidades. No siempre el que busca encuentra, pero siempre hay que intentar.

En 1980 toqué la puerta del Tecnológico de Monterrey y la Escuela de Medicina me abrió los brazos. El programa al que me invitaron consistía en adiestrar y desarrollar competencias de los estudiantes en un escenario real, el consultorio médico.

Fue a partir de ahí y a través de los años que percibí una transformación, o más bien una transfiguración. Me di cuenta que entre más enseñaba, más aprendía y que lo relevante no era tanto lo que yo entregaba a mis alumnos, sino lo que recibía de ellos.

Sucedió entonces que en un momento de iluminación y claridad, se reveló ante mí una verdad deslumbrante: Todo y todos tienen algo que enseñarme y esto me abría la oportunidad de aprendizaje y crecimiento ilimitado. Entonces surgió la magia, donde el poder transformador de la educación me convirtió en alumno más que en profesor.

Me detengo, recreo y disfruto la historia que acabo de compartir. El corazón agradecido, al cuál Cicerón denominó el padre de todas las virtudes, da lugar, pensando en el Tecnológico de Monterrey y sus 70 años de aniversario, a tres palabras que lo abarcan todo: Gracias, muchas gracias. 🌀



FRANK GONZÁLEZ ORTÍZ

Consejero del área del deporte del Tecnológico de Monterrey.

Uno viene a este mundo a dejar huella

Mi amor por el Tecnológico de Monterrey comenzó el primer día que entré al Campus Monterrey. Entonces llegué como un muchacho recién desempacado de Laredo. Antes estuve en Chicago y mucho antes, al año de edad, salí de mi natal Sabinas Hidalgo, Nuevo León. er, en resumen, un muchacho que hasta la preparatoria había practicado el béisbol y apenas tres años antes descubría la belleza del futbol americano.

Mi primer contacto con la Institución se llamó Barry Copenhaver. Era un entrenador ganador, entusiasta, disciplinado y muy enérgico. Él me ofreció la beca deportiva para venirme a estudiar a Monterrey. Tenía ofertas de un par de universidades, pero finalmente escogí al Tecnológico porque, de alguna manera, regresaba a mi tierra.

Recuerdo que apenas llegué, en 1975 perdimos la final y al año siguiente quedamos campeones contra Pieles Rojas. Por desgracia, para la temporada de 1978 el Tecnológico decidió desaparecer el equipo de Liga Mayor debido a los lamentables hechos de la final donde incluso hubo heridos de bala. Entonces, durante mi último año de elegibilidad no había equipo donde jugar. Algunos de nosotros tuvimos una oferta de la Universidad de Nuevo León para participar ese año y seguir jugando. A pesar de que era el deporte que nos apasionaba, pudo más la lealtad en nuestro corazones y ninguno aceptó. Para poder mantener mi beca deportiva, me convertí en auxiliar en la línea ofensiva del equipo juvenil.



La camaradería es clave en un deporte de conjunto.

Al terminar de estudiar en 1979, esperaba irme a trabajar a los Estados Unidos, pero tuve una propuesta de trabajo del coach. Ahí inicié mi segunda etapa en la Institución. Pensé que sería un año de aprendizaje, pero se alargó a un segundo año. Luego conocí a la que es mi esposa y me quedé definitivamente en la ciudad.

Todo marchaba muy bien, pero en la vida siempre hay retos nuevos. Cuando la devaluación de 1982 tenía una fuerte deuda en dólares y tuve que pedir un permiso especial para buscar trabajo en Laredo, Texas y salir de deudas. Ahí pasé por la cocina de un Denny's durante cuatro meses hasta acomodarme como asistente de entrenador en mi Alma Máter, la Nixon High School. Luego de un año estaba de regreso en Monterrey, con menos deuda y más amor a una Institución que me daba la oportunidad de solucionar mi situación y me recibía no como un hijo pródigo, porque nunca rechacé al Tecnológico, sino como un hijo más maduro y comprometido.



Saber motivar a los jugadores es un arte. Los resultados se observan en la cancha.

Cuando el coach Copenhaver decidió marcharse, tuve una reunión frente al Auditorio Luis Elizondo donde el capitán Jorge Elizundia Charles me ofreció hacerme cargo del equipo. Así, directamente, sin ningún tipo de formalidad. Ahí mismo, parado en la calle, acepté el reto.

No era sencillo. Enfrente tenía el legado de éxitos y trabajo de Barry Copenhaver, también tenía auxiliares de mayor edad que yo. Entonces pensé que el equipo se me podía ir de las manos. Para mantener el orden, básico en muchas cosas de la vida pero

fundamental en un equipo de futbol americano, decidí darme a respetar imponiendo una disciplina férrea que hasta el último día me dio frutos.

A lo largo de los años conseguimos campeonatos, muchos, 18 de Liga Mayor para ser exacto. Pero mi mayor orgullo es saber que mi formación en el Tecnológico de Monterrey me permitió, a su vez, formar hombres de bien, responsables y solidarios, que saben que se puede alcanzar el éxito individual, pero que el éxito compartido es más enriquecedor para el espíritu. Finalmente, eso es lo que me han enseñado aquí y busqué transmitir todo estos años. 🌱



“No soy el futuro, soy la semilla del presente que alimentará a las generaciones del futuro”.

Frank González Ortíz

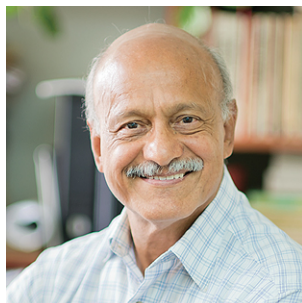
SENTIDO HUMANO



Respetamos la dignidad de las personas
y somos solidarios.



Servicio social



LUIS BÉJAR FUENTES

—
Director de Servicios Profesionales Especializados, SPE.

Gratitud en acción

Los Castores y la *Fraternidad Ricardo R. Guajardo Suárez* son un esfuerzo que transformó nuestras vidas y sigue haciéndolo después de más de 40 años. Hablo y cuento mi historia, sin dejar de pensar en la de cientos de compañeros que me acompañaron en esta aventura. Por lo tanto, sirva ella como reconocimiento a quienes hemos visto transformado nuestro presente y futuro gracias al Tecnológico de Monterrey.

Nací en San Luis Potosí pero llegué a los cuatro años a Lagos de Moreno, Jalisco. Huérfano de madre a los ocho años y con 10 hermanos, mi padre se fue de *mojado* a los Estados Unidos. El hombre rico del pueblo, don Abraham Vega, decidió no mandar a sus hijos a estudiar a Guadalajara, como era la costumbre, sino que invitó a los Hermanos de la Salle para abrir el Instituto Laguense en

1951. Ahí estudié la primaria y secundaria. Además trabajaba con mi hermano Carlos en su imprenta, para pagar mis estudios y comprar ropa.



La sede actual de la Fraternidad Ricardo R. Guajardo Suárez.

Con parte de la preparatoria cursada, me enteré que el Tecnológico de Monterrey ofrecía becas y vine en septiembre de 1962 a probar fortuna. Al llegar, el ingeniero Fernando García Roel me dijo que ya no había para ese ciclo y debía esperar hasta el siguiente año. Ya tenía 20 años y no podía perder uno más. Entonces el ingeniero Horacio Gómez Junco me planteó la opción de pagar el primer semestre y de acuerdo con mis calificaciones recibir una beca más adelante.

Para mis condiciones económicas eso era una locura. Regresé a casa y en el camino pensaba cómo obtener el dinero. Al llegar con

mi hermano Carlos le conté que sí tenía beca pero con un pequeño inconveniente: pagar el primer semestre. Entonces le dije: “mi abuelo nos dejó un pequeña casa”. Ese mismo día fuimos al banco a pedir un préstamo pagadero con la venta de la casa y me regresé esa misma noche, fui con don Horacio y le mostré el efectivo diciéndole: “Vendimos la casa de mi abuelo, vengo a inscribirme”. Me asignaron a la ratonera, un edificio a donde mandaban a los de recién ingreso; luego pasé a Centrales, con el profesor Ricardo Camargo Garza (qepd), mi gran mentor. Ese primer semestre obtuve 9.6 y el ingeniero Gómez Junco cumplió con su palabra: me dio una beca del 90%.



Los miembros de Los Castores durante su primera reunión, en 1988.

Entonces me transfirieron a una maravilla: el edificio de Residencias IX, asignado a becados. Nos autonombramos *Los Castores* porque siempre estábamos trabajando, día y noche. Ese proyecto fue en gran parte obra del señor Camargo Garza y de un extraordinario Comité de Becas, conformado por Carlos Dune (qepd), Francisco René Zubieta (qepd) y Ricardo Garza Treviño, quienes se dieron a la tarea de obtener el permiso del rector Víctor Bravo Ahuja, así como los recursos económicos, entre ellos un importante fondo que había dejado don Ricardo R. Guajardo Suárez.

Ahí vivíamos cien alumnos becados que, para tener derecho a ese edificio, debíamos trabajar seis horas en el comedor. Éramos felices de poder comer bien, servir a los compañeros y hacer nuestro sueño realidad. Tuve como compañeros a personas de gran valía que supieron lo que era el trabajo honesto y duro, necesario para forjarse un futuro con su propio esfuerzo, entre ellos recuerdo con mucho cariño a David Noel Ramírez, Felipe Sarabia y Jesús Eugenio García Gardea; los tres con una brillante carrera dentro del Tecnológico de Monterrey. Éramos, sin duda, el edificio de residencia con el mejor promedio de calificaciones. Al terminar yo la carrera en 1969, cada uno tomó su rumbo.



Estudiantes que pasaron por la Fraternidad Ricardo R. Guajardo Suárez.

Casi 20 años después, en 1988 nos reunimos algunos a recordar nuestras historias. Para entonces, el Edificio IX ya no era para becados. Fue cuando decidimos crear la Fraternidad *Ricardo R. Guajardo Suárez*, en honor a nuestro primer benefactor, con el fin de regresar a la comunidad algo de lo mucho que recibimos de ella. De ahí nuestro lema: “Gratitud en Acción”, y desde 1991 apoyamos con casa, sustento y formación integral a jóvenes foráneos que cuentan con beca académica del Tecnológico de Monterrey, quienes traen un enorme potencial, excelentes calificaciones y serias limitaciones económicas. A la fecha contamos ya con 60 egresados y 13 fraternos becados en la casa-fraternidad. Nos seguimos reuniendo los de la Mesa Directiva para mantener el espíritu y seguimiento de la obra.

Nuestro sueño de tener una casa para becados no hubiera sido posible sin la generosidad de la señora Blanca Uribe de Rocha, quien nos prestó la casa en comodato ilimitado, donde viven nuestros becados sin pagar un solo cinco por renta desde hace 23 años. ☺



JOSÉ DE JESÚS SALAZAR CANTÚ

—
Profesor del departamento de Economía en el Campus Monterrey,
miembro del Sistema Nacional de Investigadores y
editor de la revista estudiantil de Economía.

Desde don Eugenio Garza Sada, el Tec ha transformado nuestras vidas

Existen vínculos con el Tecnológico de Monterrey que pasan de generación en generación y que transforman no solamente la vida de una persona, sino la de familias completas. El doctor José de Jesús Salazar Cantú recuerda lo que su padre, don José Silvestre Salazar Almaguer, le ha contado sobre cómo cambió su destino.

“Tras auscultar a don Vital Salazar, en un humilde hogar campesino en Villa de Santiago en 1944, el doctor le dio un fatídico diagnóstico a su esposa: Nada se podía hacer, moriría en cualquier momento. Su vaticinio se cumpliría a las pocas horas. Mi padre tenía entonces nueve años de edad”. Al día siguiente, el pequeño José Silvestre

escuchó decir a una señora durante el velorio: “Pobre Adelaida, cómo le va a hacer sola y con tres niños”.



Exterior e Interior de *La Carreta* donde, entre otros servicios, también se cortaba el cabello.

Al poco tiempo, a la estrechez económica se sumaba la fractura de cadera de su hermano Eduardo y una hernia de Jesús, el menor de todos. Decidida a hacer lo mejor por ellos, dejaron Villa de Santiago y se encaminaron a Monterrey. Llegaron a la sección de indigentes del hospital San Vicente, donde su madre cuidaba de los dos hermanos menores de día y de noche. Para hacerlo bien, las religiosas le enseñaron los elementos básicos de la enfermería y le asignaron un pequeño cuarto al lado de la morgue, donde José Silvestre podía quedarse con ella.

El ambiente de un hospital no es idóneo para un niño y su madre lo sabía. En cuanto sanaron los hermanos, Eduardo y José Silvestre

se fueron a una casa para niños de escasos recursos que administraba el Padre Severiano Martínez como parte del Colegio José Calderón. El padre Severiano colocó a ambos como ayudantes en *La Carreta*, en el corazón del recién inaugurado Campus Monterrey. El lugar era fuente de sodas cafetería, nevería, revistería, se boleaban zapatos y se cortaba el cabello. La inauguración la hizo don Eugenio Garza Sada el cuatro de septiembre de 1949, el primer día de José Silvestre en el Tecnológico de Monterrey. Para entonces tenía 14 años de edad. Por instrucciones de don Eugenio, las ganancias derivadas de *La Carreta* servían para sostener la casa para niños.

Gracias al padre Severiano, que lo llevó a trabajar a *La Carreta*, tuvo su primer contacto con el Tec. Dos años más tarde pasó al departamento de encuadernación y con el tiempo estuvo a cargo del área de impresos.

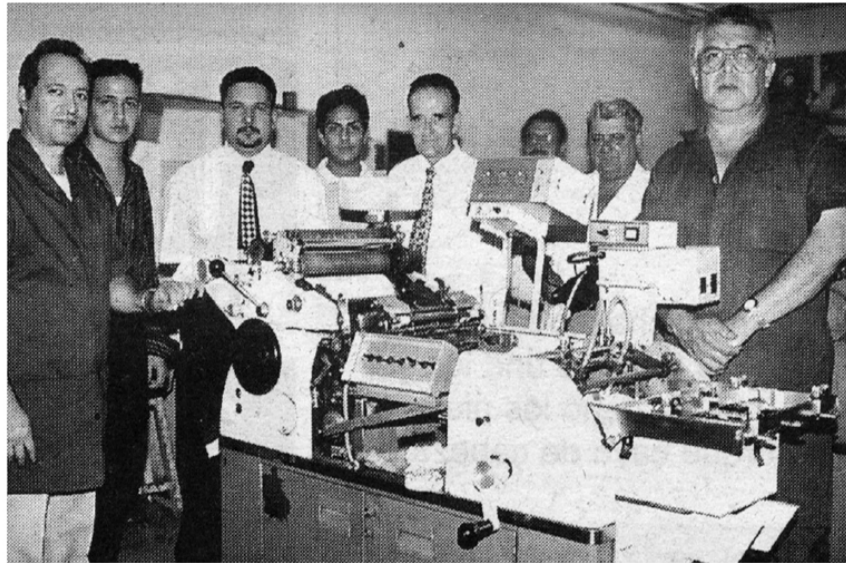


José de Jesús y don José Silvestre. Dos generaciones formadas en el Tecnológico de Monterrey.

Hoy, con 48 años de labor en el Tecnológico de Monterrey y 15 de pensionado, su historia da pie a la reflexión de su hijo, el doctor José de Jesús Salazar Cantú.

“El legado de acciones humanitarias representa uno de los tesoros más grandes con los que cuenta la sociedad. Su efecto trasciende lo económico y constituye una herencia que nos compromete, especialmente con los más vulnerables. Es un elemento indispensable para el desarrollo sustentable de cualquier sistema social. La labor humana del hospital San Vicente, el apoyo y formación del padre Severiano y la acción social de don Eugenio, se conjugaron para darle a mi padre una oportunidad que supo aprovechar, construyendo un porvenir junto con mi madre Oralia y

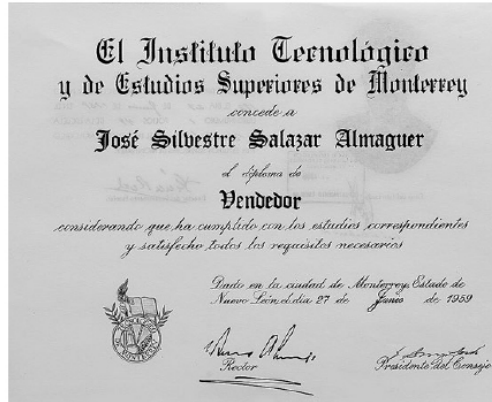
mis hermanos, quienes gozamos del privilegio de cursar becados nuestros estudios en el Tecnológico de Monterrey, fuerte y firme cimiento para edificar un mejor futuro”.



Don José, en el centro de la imagen, cuando trabajaba en el área de impresos del Campus Monterrey.

“Mi padre, mi hermano Francisco y yo, nos alegramos de trabajar en una institución que inculca estos valores en sus estudiantes y que a través de múltiples canales realiza y promueve acciones humanitarias”.

“El Tecnológico de Monterrey es una institución que ha transformado y sigue transformando muchas vidas, como lo hizo con nosotros”. ☺



Diploma de don José, certificando sus estudios como vendedor, 1959.



FLORY ANETTE DIECK ASSAD

—
Profesora titular del departamento de Contabilidad y Finanzas del Campus
Monterrey

y miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACYT.

Transformando vidas con un toque de eternidad

Asistí al festejo del día del maestro que organizó el Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey en mayo de 2013. Ahí, mi maestro David Noel Ramírez tomó la palabra y afirmó algo que me impactó profundamente: “No me gustan los excesos, el único que permito en mi vida es el exceso de la gratitud”. Y es por esta razón que me atrevo a compartir esta vivencia que muestra cómo el Tecnológico de Monterrey no sólo transforma la vida de sus estudiantes, sino que trasciende.

Soy la más pequeña de la familia Dieck Assad. Mi hermana Marianela tuvo la dicha de ser alumna del profesor David Noel, quien la estimuló siempre a incursionar en la enseñanza. Ella se

recibió de Contador Público en 1979 y se incorporó como maestra del Campus Monterrey mientras cursaba la maestría en Administración en la Escuela de Graduados en Administración y Dirección de Empresas.



Una pequeña tarjeta cuyo mensaje perdura y trasciende en la familia Dieck Assad.

Como alumna, mi hermana recibió muchos honores por su desempeño académico, y como maestra recibió del profesor David Noel una nota que mi madre guarda hasta la fecha como un tesoro: “La felicito por su gran actuación como maestra, ojalá siempre podamos contar con gente como usted”.

Cuando yo tenía seis años, ella me llevó a conocer las instalaciones del Tecnológico de Monterrey y me dijo: “Trabajar aquí es un paraíso porque tienes la oportunidad de tocar muchas vidas”.

Por desgracia, en mayo de 1981 tuvo un accidente automovilístico con mi papá y Dios dispuso llevarlos a su reino. Precisamente, en ese mes había concluido sus estudios de maestría en Administración. Fue un diploma que nunca llegó a recoger.

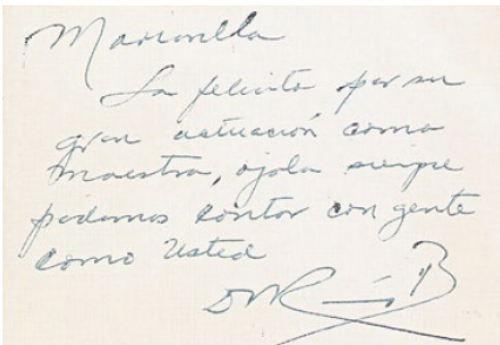
Entonces, pocos días después del accidente, el profesor David Noel llegó a casa de mis padres y pidió hablar con mi madre, quien lo recibió con alegría sobrellevando su gran dolor. En ese momento, sacó de su portafolio el título de maestría de Marianela y le dijo a mi madre que era un honor para él entregarle en persona el último gran logro de mi hermana, que acababa de nacer a la vida eterna. Había rescatado su título de maestría del archivo y ahora lo dejaba en las manos correctas.

Quiero caer en un exceso de gratitud para mi profesor David Noel quien, a través de mi hermana Marianela, sembró en mí, desde los seis años de edad y sin saberlo, el amor por la cátedra, y mi pasión por transformar vidas como ellos lo han hecho siempre.

Gracias a su talento y bondad hoy puedo decir que mi labor como profesora en el Tecnológico de Monterrey transforma vidas con un toque de eternidad. ☺



Marianela Dieck Assad (qepd).



Derecha: Felicitación del profesor David Noel Ramírez a Marianela.

Izquierda: El título, como cuelga en casa de sus padres.



JOSAFAT BALDOMERO GONZÁLEZ ARMENDÁRIZ

—

Director administrativo de una empresa de transporte,
conferencista motivacional en México y el extranjero.
Presidente de la Fundación “Pasos Que Dejan Huella”.

La perseverancia es el primer paso para llegar a la meta

Soy una persona a quien educaron para ayudar siempre a quien lo necesite. Nunca pensé que un día terminaría del otro lado, requiriendo de esa ayuda.

En junio de 2005 me fui de verano a Europa. Cursaba el octavo semestre de Contador Público en el Campus Monterrey y consideraba que en una institución tan grande yo era uno más, un número. Estuve un mes en la Universidad Pontificia de Comillas, en Madrid, en cursos de ética, desarrollo humano y valores. Después comencé un viaje de 45 días con cuatro compañeros. Pasamos por

Barcelona, Niza y Mónaco. Ahí tomamos un viejo tren, sin ventilación y en pleno verano, hacia Roma.

A las tres de la mañana hicimos una parada y bajé para comprar un bote de agua. No soportaba el calor. Entonces, vi moverse el tren y corrí a alcanzarlo. Apenas pude llegar, sujetarme de dos barras y seguir corriendo, pero me resbalé al subir. En cuestión de segundos caí del tren. Cuando abrí lo ojos vi mi tobillo frente a mí. Traté de reincorporarme pero descubrí que faltaba mi pierna derecha y la izquierda estaba casi desprendida.



Josafat recibiendo su título durante la ceremonia de graduación, 2006.

Pronto llegaron los paramédicos e, increíblemente, permanecí consciente hasta llegar a la sala de operaciones. Mientras me operaban, perdí más de cuatro litros de sangre. También tuve paro respiratorio, fisura cervical, hematomas internos en el cráneo, amputación de la pierna derecha y semiamputación de la izquierda, que terminaron cortando para salvarme la vida.

Mientras tanto, el personal de la embajada se comunicó con mis padres, quienes volaron de inmediato. listos para recibir las peores noticias.

Al despertar en el hospital, entubado, por primera vez sentí miedo y desesperación: Pensé en el resto de mi vida amarrado a una silla de ruedas o acostado en una cama. Ahí decidí no lamentarme por lo que no podía cambiar y responsabilizarme de las consecuencias de mis actos. Tras 33 angustiosas horas de vuelo llegaron mis padres. Cuando los vi les dije: “No se preocupen, en un año estaré caminando en la escuela”.



Josafat, en su empleo como director administrativo.



Al término de una plática con jóvenes.

Pasé tres semanas hospitalizado en Italia y dos más en Monterrey, donde comencé la rehabilitación. Cuando buscamos un protesista, el primero me dijo que nunca sería totalmente independiente. Por

supuesto, no le hice caso. Tras un mes apenas podía caminar cinco metros con la ayuda de un andador. Me sentía frustrado pero nunca me quitaba de la cabeza algo que me enseñaron en el Tecnológico de Monterrey: “La perseverancia es el primer paso para llegar a la meta. No existe camino más largo que el que no se quiere caminar”.

Entonces me llegó información de un Centro de Rehabilitación en la ciudad de Oklahoma, EU, donde aparecían pacientes caminando, bajando escaleras y manejando un auto. En diciembre de 2005 hice el viaje y en tres meses aprendí a conducir, a correr con otro tipo de prótesis, a nadar, a vivir una vida como cualquier joven. Antes de un año había cumplido la promesa que les hice a mis padres y estaba de vuelta en la escuela.

Cuando regresé a clases, la maestra Elvira Torres me pidió que compartiera mi experiencia. Entonces comprendí que el hecho de volver a caminar serviría para transformar la manera de pensar de otras personas. El apoyo y cariño de la gente también me hicieron ver cómo en realidad nunca fui un número sino que, aún lejos de casa, siempre encontraré un compañero que me extenderá la mano y un maestro y directivo preocupado por mi salud porque todos formamos parte de una familia, la del Tecnológico de Monterrey. Finalmente me gradué en diciembre de 2006, un año después de regresar a mi Alma Máter.

Lejos de haberme quitado dos piernas, ese accidente me agregó muchísimas cosas positivas, incluyendo una maravillosa amiga, esposa y madre, Karla María Leal Flores, con la que comparto mi vida y una hija. Ambas son mi principal razón para caminar hacia adelante. 🌐



Lo más importante en la vida de Josafat: su esposa y su hija.



ALBERTO PÉREZ ARROYO

—
Director General de TecMilenio, Campus Cuernavaca.

Comportarnos como corresponde a los valores de nuestra Institución

Siempre he afirmado que ingresar al Tecnológico de Monterrey me cambió la vida, pero nunca imaginé que TecMilenio me ayudaría a cambiar mi forma de ver la vida.

Desde hace ocho años conozco TecMilenio, primero como profesor en preparatoria, después en profesional, como ejecutivo, director de profesional, director de mercadotecnia y hoy, director de Campus Cuernavaca, así como orgulloso egresado de maestría.

En abril de este año 2013, tras dedicar cerca de diez meses a documentarme sobre la felicidad y la psicología positiva, viajé a Monterrey para asistir a la conferencia del doctor James Pawelski. Al día siguiente tuve una sensación de desvanecimiento que me

llevó al hospital. Sólo recuerdo mi tranquilidad al ver la bata de los doctores con el logo de TecSalud. Me sentí en casa.



Como parte de una familia, estamos al pendiente de nuestros compañeros.

Me conectaron a varios aparatos y me hicieron muchos estudios. Aún así, los doctores no sabían lo que sucedía. Así inicié cinco días de hospitalización, lejos de mi familia y seres queridos y con un diagnóstico final que transformó mi vida: esclerosis múltiple. Desde el primer momento del diagnóstico decidí ponerme la “capa verde” a la que se había referido el doctor Pawelski en su conferencia, para ver lo positivo y enfrentar el miedo hacia la enfermedad. Entonces pude ver lo maravilloso de nuestra institución.



En la salud y en la enfermedad, siempre acompañado de su familia.

A mi lado estuvieron siempre Roberto Morales y Marco Victoria, quienes no me dejaron un instante. Yo me preguntaba: ¿Cómo puede ser que quienes tienen a su cargo los servicios y recursos humanos de 33 campus estén sentados en la sala de espera y después en mi cuarto? La respuesta estaba en la congruencia con nuestros valores y, en especial, en el sentido humano. No se trata de una declaración, ahí tenía la prueba de que los vivimos.

La emoción y el orgullo de pertenecer a TecMilenio se incrementaron con la visita del rector de TecMilenio Héctor Escamilla y su esposa. Su presencia, junto con la llamada del rector Salvador Alva, se convirtieron en la inyección más efectiva para mi cuerpo y espíritu. Fueron su energía y compañía las que me ayudaron cuando empecé a conocer los efectos de la enfermedad.

En esos días mi madre pudo volar desde Toluca para acompañarme y no podía expresar mayor gratitud para las personas que me demostraban su cariño y cercanía.

Hoy, me he dado cuenta que la vida es para agradecer cada minuto que podemos respirar, tocar, correr y, por supuesto, amar a nuestros seres queridos. Mis sueños, que hace poco tenían que ver con crecimiento laboral, ingresos o viajes, se han transformado en luchar contra la esclerosis múltiple y disfrutar cada minuto de la vida. Estoy seguro de que, sin la oportunidad de aprender sobre desarrollo de talento directivo, sin mis coaches y la psicología positiva, me habría derrumbado y arrastrado a mi familia.

Sé que cuento con el respaldo de Universidad TecMilenio para seguir luchando, dar lo mejor de mí y seguir aportando en esta noble causa que es la transformación de vidas. Hoy, mi definición de éxito también va más allá: me han brindado la mejor herramienta, me han puesto unos lentes para ver la vida más amplia, más hermosa.

Gracias TecMilenio, gracias Sistema Tecnológico de Monterrey, por transformar mi vida. 🌟



Alberto, orgulloso de su Alma Máter.



CLELIA HERNÁNDEZ ORTA

—
Directora de Relaciones con Egresados del Campus Monterrey.

Un mensaje que trasciende generaciones

Elegir una historia entre tantas a lo largo de años de pertenecer a la comunidad Tec no es nada sencillo. Sin embargo, hay una historia que decidí compartir por la trascendencia de su mensaje, el cual permanece hasta el día de hoy.

Mi primera clase en el Campus Monterrey fue el lunes 10 de agosto de 1987 a las ocho de la mañana. Computación 1, en el segundo piso de Aulas V (hoy Centro de Biotecnología). Recuerdo que llegábamos con el natural entusiasmo, ansiedad y alegría de quienes comienzan una nueva etapa de su vida. Antes de iniciar la clase, nos presentamos informalmente. ¿De dónde eres?, ¿qué estudias? Lo típico.

Entonces llegó el profesor. Era un hombre alto, de barba y lentes, que se enfrentaba por primera ocasión a un salón con cerca de 30

futuros profesionistas.

Cada lunes, miércoles y viernes durante 16 semanas, el maestro nos mostró su entusiasmo, compromiso y puntualidad. Ahí no cabía el aburrimiento porque cada sesión estaba llena de nuevos conceptos y ejercicios que hacíamos en clase y probábamos en las computadoras del Centro de Tecnología. También nos repartía ejercicios impresos en tinta violeta de ditto y a veces las hojas llegaban aún húmedas. Aprendimos a programar en Pascal y estoy convencida de que muchas de nuestras bases analíticas se construyeron en ese inolvidable semestre.

La última clase fue el 23 de noviembre y el examen final en los primeros días de diciembre. El maestro tuvo un cierre muy emotivo donde nos compartió su experiencia en la clase (éramos su primer grupo de alumnos) y habló con nosotros de lo que venía hacia adelante. También nos regaló a cada uno un mensaje: “El ser excelente”. Lo firmó con la leyenda: ¡Éxito en tu vida!



El mensaje original y la nueva impresión. Una historia que inicia de nuevo.

Hace unos meses, encontré ese mensaje en una carpeta que conservo. El papel está amarillo y con las arrugas del tiempo. Aquella tinta antes morada me trajo muchos recuerdos. Entonces volví a leer ese mensaje que hacía muchos años nos compartió un profesor que marcó nuestras carreras profesionales y nuestras vidas.

Cuando saqué el papel de la carpeta no dudé en buscarlo para mostrárselo en persona. Él no lo podía creer y se alegró que se mantuviera vivo dicho mensaje.

Entonces decidí imitar a mi maestro. Transcribí el mensaje íntegro y lo repartí a mis alumnos en la última clase del semestre agosto-

diciembre 2012.

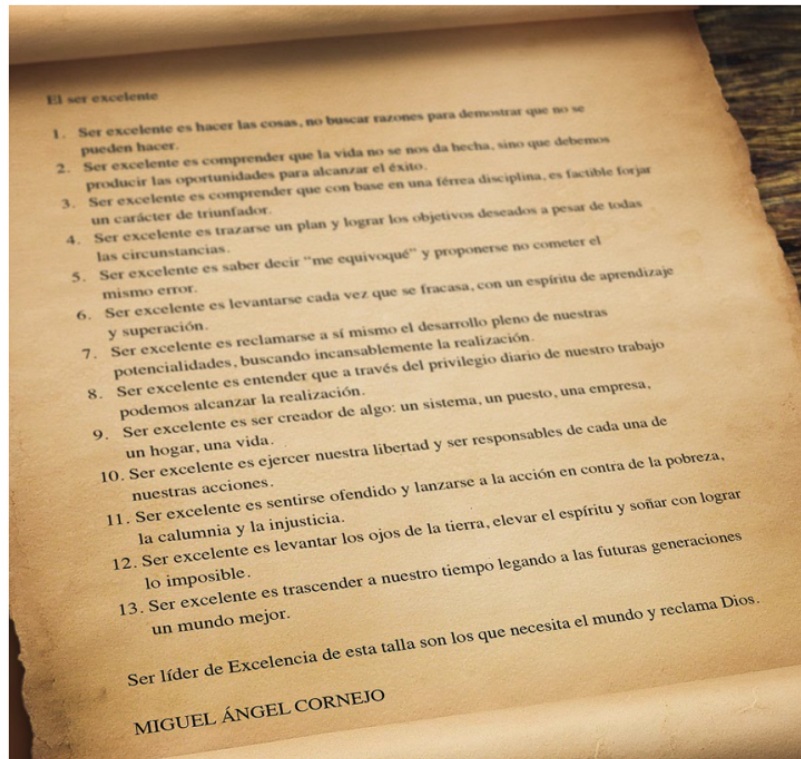
Cuando lo entregué, les platicué la historia, les enseñé aquella hoja que me obsequiaron 25 años atrás y los invité a vivir esas líneas de la misma forma en que nuestro profesor nos había invitado a hacerlo durante el cierre de aquel curso.

En ese mismo semestre, para mi sorpresa, el profesor volvió a regalarme esa hoja que también ahora había entregado a sus alumnos con esta leyenda: “Este mensaje fue entregado a mis primeros alumnos en 1987, generando así la tradición de entregar siempre al final del semestre un mensaje. En el 2012, una exalumna de ese grupo, ahora maestra, encontró el mensaje, lo compartió con sus alumnos y me compartió esa anécdota. El mensaje sigue vigente y hoy también lo comparto contigo, deseándote mucho éxito en tu vida”. Y al final aparece su firma de puño y letra como lo hizo en la primera ocasión.

Me he reservado el nombre del profesor pues así me lo ha pedido. Sin embargo, hago patente mi agradecimiento a este profesor, que además de los conocimientos, me hizo aprender la actitud de excelencia que ahora también trato de vivir y transmitir a mis alumnos.

Este es mi sencillo testimonio de cómo un mensaje que transforma vidas ha seguido vigente a través de generaciones y de cómo me

acompaña siempre. ☺



"El ser excelente"



GANADORES SORTEO TEC

—
A solicitud de la pareja ganadora y tras verificar la autenticidad de la historia,
sus nombres se mantienen en reserva.

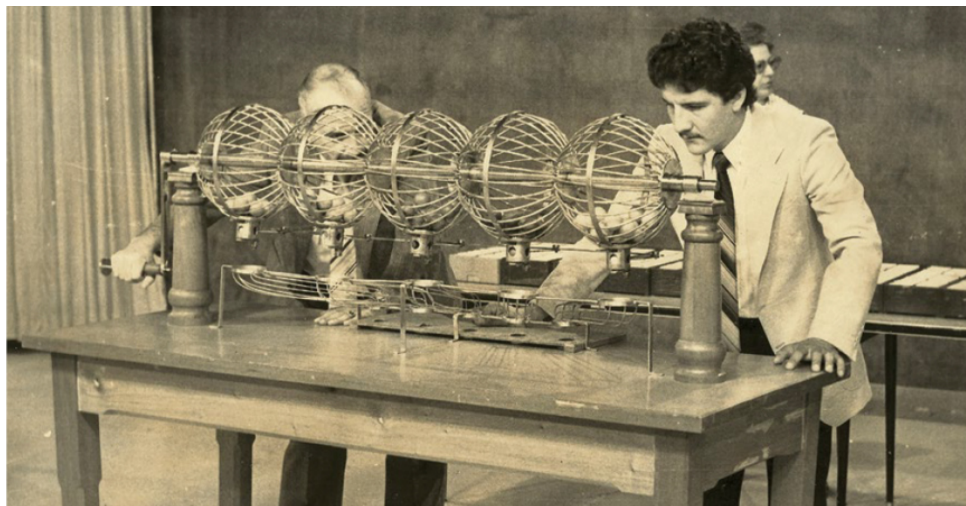
El Sorteo Tec cambia tu vida, no la resuelve

Somos una pareja a quienes el Tecnológico de Monterrey nos cambió la vida. Primero, fuimos becados para cursar nuestras carreras profesionales y las maestrías en el Campus Monterrey. Después, nos brindó la oportunidad de tener contacto con empresas internacionales. Tanto apoyo nos hizo estar siempre agradecidos con la institución que hizo tanto por nosotros. Esa era una de las razones principales por la que comenzamos a comprar boletos del Sorteo Tec.

Al principio de nuestro matrimonio, vivíamos en el departamento de estudiante de mi esposo, deseábamos comprar una casa y ahorrábamos para lograrlo. Mientras él trabajaba en una empresa de comunicaciones, yo regresé a trabajar en el Tecnológico de

Monterrey. Volvía a mis raíces estudiantiles y estaba agradecida por la oportunidad.

Un día de mucho trabajo, le comenté a mi esposo que si no le habían llamado para decirnos que nos habíamos sacado algo en el Sorteo Tec, aunque fuera por terminación. Él me dijo: “Ya pasaron casi tres meses, creo que si ganamos algo ya nos hubieran llamado”. Ese mismo día mi esposo decidió comprar un boleto del siguiente sorteo vía Internet. Eran los primeros años en que se hacía de esa forma. Por la hora, no pudimos recogerlo y el boleto se quedó a resguardo de los organizadores.



Transmisión por televisión del tradicional Sorteo Tec, 1980.

El día del sorteo, ambos estuvimos trabajando todo el día y no nos enteramos sino hasta que recibimos una llamada en la noche, cuando ambos estábamos en pijamas. Al colgar el teléfono, mi

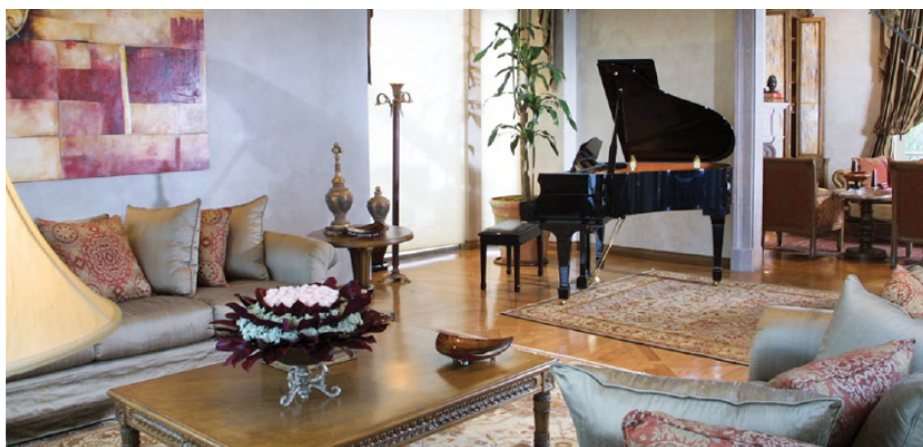
esposo me preguntó si me molestaría volver a vestirme: “Parece que nos ganamos la casa del Sorteo Tec, van a venir a entregarnos el boleto”. Y es que los responsables no querían resguardarlo más tiempo de lo necesario.

Cuando llegaron a nuestro departamento, no muy lejos del Campus Monterrey, les mostramos nuestras identificaciones y confirmaron que, efectivamente, éramos los ganadores. En tono de broma nos comentaron que si necesitábamos una casa y a todos nos dio gusto que se quedara dentro de la gran familia Tec. Después nos dijeron que en dos semanas nos entregaban la casa y los dos carros del premio. En ese tiempo no creo que hayamos podido dormir bien una sola noche.

Justo a las dos semanas nos llevaron a la residencia. Una persona de la Secretaría de Gobernación hizo la entrega junto a un completísimo inventario de cada artículo. También nos dieron, por terminación, una batería de cocina que les dimos a mis papás, quienes habían vendido boletos del Sorteo Tec y no habían tenido la oportunidad de ganar nada como colaboradores.

Es importante comentar que obtener un premio de esta magnitud no resuelve tu vida, pero sí es una muy buena ayuda para iniciar un patrimonio en beneficio de nuestra familia.

Desde entonces, seguimos trabajando con ahínco. Hasta 2012 trabajé en el Tecnológico de Monterrey, aportando mi granito de arena, después nos mudamos de ciudad. Con el tiempo, hemos visto crecer a nuestros hijos y mantenemos la costumbre de comprar boletos del Sorteo Tec cada vez que podemos. Es nuestra forma de seguir agradeciendo a una institución que ha transformando nuestras vidas. ☺



Interior de una de las casas del primer premio del Sorteo Tec.



Exterior de la casa y boleto del Sorteo Tec.



ROMÁN MARTÍNEZ MARTÍNEZ

—

Director Académico de la Rectoría de la Zona Metropolitana de Monterrey
del Tecnológico de Monterrey.

La llamada de un profesor extraordinario

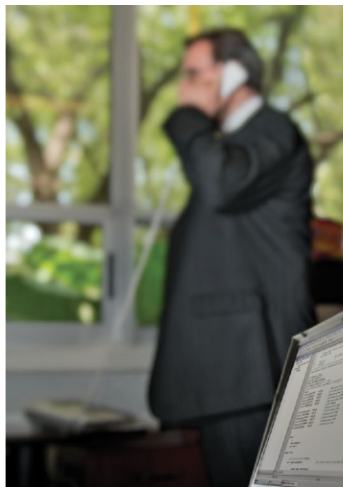
Siempre he considerado que lo que hace extraordinario a un profesor es su capacidad de conocer a sus alumnos individualmente y atender sus necesidades de aprendizaje y personales. Los maestros que marcaron mi vida han tenido esa cualidad, pues supieron conocerme, confiar en mí, ponerme retos y estar cerca para hacerme crecer.

En mi selecta lista de profesores extraordinarios encuentro a varios de la infancia, quizá porque en esta etapa la educación permite la convivencia diaria durante un año escolar. En la etapa universitaria, la lista se reduce por las propias condiciones del proceso educativo. Sin embargo, de ella extraigo este testimonio como homenaje a un

profesor con quien tuve la oportunidad de compartir diversos cursos de posgrado en la Universidad TecVirtual.

En el otoño de 1999 vivía un momento en que, además de mis funciones como profesor y director de carrera en el Campus Monterrey, estaba cursando tres materias de maestría. En ese entonces, el modelo educativo del programa implicaba un conjunto de sesiones por televisión, intercambio de mensajes y la entrega de trabajos por correo electrónico.

En cada curso había muchos alumnos y el profesor titular se apoyaba con tutores. Dos de las materias me las impartía este profesor, con quien había cursado previamente otra materia. Él residía en el Campus Chihuahua y hasta ese momento no nos conocíamos personalmente. Nuestra interacción era a través de mensajes electrónicos para resolver dudas y recibir retroalimentación de mis tareas.



El valor del contacto entre maestro y alumno.

En octubre, poco antes de terminar el semestre, entré en crisis pues me faltaba tiempo para sacar adelante todas mis responsabilidades y consideraba la opción de darme de baja del semestre, postergando así la terminación de mi posgrado. En ese momento, inesperada y sorpresivamente, recibí una llamada telefónica.

Siendo uno de sus muchos alumnos, sin haber tenido contacto previo por este medio con él, ni haberle comentado mi problemática, ese profesor me llamó para preguntarme cómo me encontraba y qué necesitaba. Él suponía que estaba con exceso de trabajo y quería ver cómo podía apoyarme para sacar adelante ambos cursos, moviendo los plazos de entrega de los trabajos o sus ponderaciones.

Aún recuerdo mi incredulidad. ¿Estaba soñando? No. Del otro lado de la línea tenía a un profesor extraordinario que a pesar de la distancia y la masividad de sus cursos tenía el don de conocer a sus alumnos y hacer empatía con ellos para apoyar de manera particular el proceso de aprendizaje. Gracias a esa llamada, superé mi crisis y saqué adelante las materias con buenos resultados.

Ese maestro se llamaba Eduardo Flores Kastanis, a quien conocí personalmente tiempo después, y pude seguir disfrutando de su

guía como maestro. Hace poco el cáncer se llevó a Eduardo, dejando su ejemplo y un hueco muy difícil de llenar.

Aunque siempre le manifesté mi respeto y admiración, nunca pude agradecerle esa llamada que me marcó significativamente, por lo que ahora deseo hacer patente mi reconocimiento a su trayectoria. Eduardo fue un gran ser humano y un profesor extraordinario, exigente, apasionado, que trascendió a través de la formación de muchos profesores. Deseo que su ejemplo inspire a quienes a través de la vocación docente, buscamos transformar la vida de nuestros alumnos. ☺



El maestro Eduardo Flores Kastanis (qepd).



Román impartiendo una de sus clases.



FRANCISCO RODRÍGUEZ ÁBREGO

—
Profesor asociado del Departamento de Física.

Una foto puede mostrar más de lo que se ve

He sido profesor del Tecnológico de Monterrey, Campus Monterrey, durante casi 30 años, primero como maestro de cátedra y después como maestro de planta. Formé parte de la última generación de Licenciado en Ciencias Físicas y tuve una formación muy sólida. Pero quisiera comenzar mi relato con un hecho que me sucedió al final de mis estudios.

Resulta que al terminar la carrera, cuando todos vamos a la tradicional fotografía de generación frente al mural de Rectoría, yo era el único LCF que se estaba graduando. A la hora de todo el proceso, antes de mí pasó un grupo grande que ya no recuerdo. Ellos terminaron y yo me paré justo en el centro, muy calladito, detrás del ingeniero García Roel, el Rector de ese entonces. Cuando mis maestros comenzaron a sentarse a su lado, él se

extrañó y preguntó muy serio: ¿dónde están los muchachos? Entonces levanté la mano y él me miró sorprendido. Se levantó de su lugar, dio la vuelta y me tomó del brazo, después se dirigió al ingeniero Ramón de la Peña y le dijo: vamos a darle la oportunidad de que se sienta aquí con nosotros porque él es el que finalmente va a pagar la foto. Una foto que, por cierto, al final me regalaron.



Francisco, en el centro de la fotografía, sentado entre maestros y directivos.

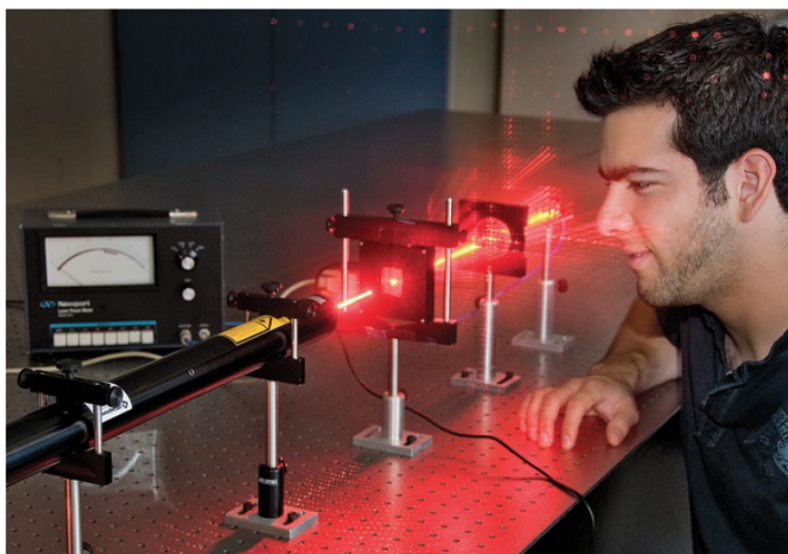
Empiezo con esto porque me pareció un gesto muy bonito, muy sincero, que me demostró que esas personas con quienes entonces no tenía mucho trato, eran responsables del funcionamiento de un

lugar enorme como el Tecnológico de Monterrey y tenían un especial cariño hacia los alumnos. No éramos un número, sino una persona con quien hasta bromeaban. Parece una simple anécdota pero refleja muy bien lo que me sucedió en mi carrera y en mi posterior trabajo en el Tec.

Yo llegué a esta ciudad desde Monclova, Coahuila. Mi padre era obrero de Altos Hornos de México y tuve la oportunidad de estudiar gracias a una beca 45/45; esto es, 45% de beca directa más un 45% de beca préstamo. Aún con ese apoyo tan grande, era complicado para mi padre sostenerme junto con mis cinco hermanos, de los cuales cuatro nos graduamos del Tec, todos becados; así que aproveché otra beca, ésta de la empresa donde trabajaba mi padre, para completar mis gastos.

Después de terminar la carrera me quedé a trabajar en el Tecnológico de Monterrey. Yo quería seguir aprendiendo pero en ese entonces no existían las becas para la maestría que yo quería estudiar, por lo que me puse a dar un montón de clases para pagar mi deuda, más una materia de maestría y mi manutención. Al poco tiempo y a raíz de la certificación SACS, apareció un programa llamado profesor futuro donde el Tec apoyaba para obtener el grado de maestría, indispensable para dar clases a nivel profesional. Entonces me ofrecieron la oportunidad de hacer mi maestría en un año.

Al finalizar la maestría me incorporé como maestro de planta y he tenido la oportunidad entre otras cosas de ser director del departamento de física en tres diferentes periodos. Me apasiona mi trabajo y me encariñé tanto con el Tecnológico de Monterrey que me he mantenido en él durante 30 años y espero seguir aquí por mucho tiempo más, compartiendo mi entusiasmo con cada alumno y con el resto de la Familia Tec. ☺



La experiencia práctica en el laboratorio de física.

INTEGRIDAD



Nos comportamos de manera ética,
somos honestos, austeros y congruentes.



Michael Crow. Rector de la Universidad de Arizona State



LAURA EUGENIA ROMERO ROBLES

Profesora titular del departamento de química en Campus Monterrey.

Imparte clases desde hace 20 años.

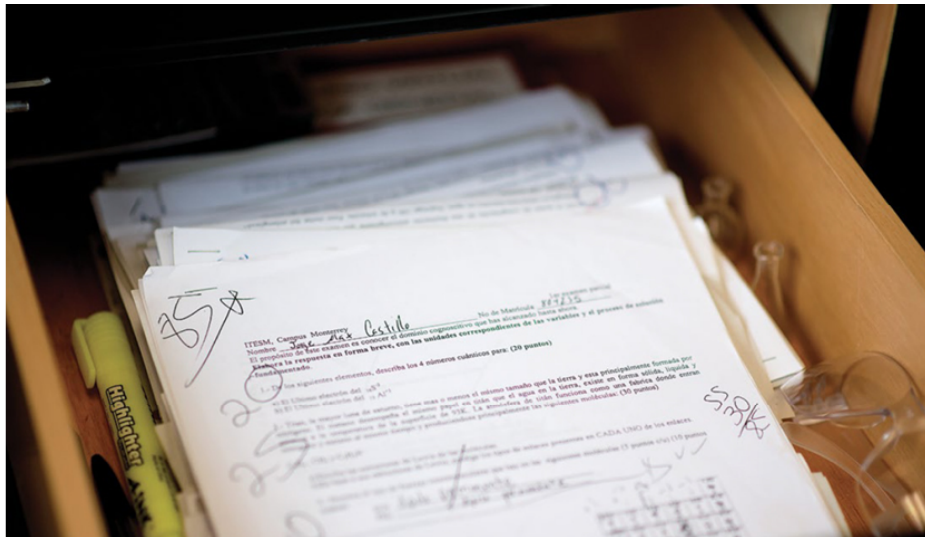
La responsabilidad y dedicación siempre rinden frutos

Era un primer día de clases como tantos otros, salvo porque la temperatura marcaba arriba de 40 grados y la humedad inundaba el salón de clases. El reloj marcaba cinco minutos pasadas las 10 de la mañana mientras un grupo de ansiosos muchachos se atiborraba en sus bancos esperando que diera inicio oficial el semestre.

Ese día conocí a Jorge Max Castillo Sordia. Recuerdo que estaba sentado en la última fila, muy cerca de una ventana y que durante casi toda la primera semana de clases se mantuvo muy atento y callado.

Lo recuerdo bien porque era un alumno asiduo en mis horas de asesoría. Llegaba muy temprano a mi oficina con su lista de

preguntas y una sonrisa en el rostro. Era muy cumplido, educado y siempre entregaba sus tareas a tiempo. A veces conversábamos en mi oficina después de haber resuelto sus dudas. Antes de marcharse, Jorge me decía: “Maestra, va a ver que me va a ir muy bien en el examen” y se despedía con un apretón de manos.



La copia del examen permanece en el cajón del escritorio de Laura.

Llegó el primer examen parcial y los nervios correspondientes, recuerdo haber sentido una punzada cuando calificué el examen de Jorge: estaba casi en blanco y eso no era nada bueno.

Entregué los exámenes y tras la clase lo llamé a mi oficina: “Tienes que poner más empeño y seriedad a tus clases, ya no faltes porque vas a reprobar el curso”. Él sólo me respondió: “Verá que la siguiente vez voy a lograrlo”.

Pero no fue así, pasaron la segunda evaluación, la tercera y el examen final. Obtenía casi los mismos resultados: Un examen deficiente y la promesa de lograrlo la siguiente vez.

Como era de esperarse, no aprobó. En la revisión final sólo dijo que a la siguiente le iría mejor. Dejé de verlo por un tiempo pero un día estaba de nuevo sentado junto a la ventana. Alzó la mano y dijo: “Aquí estoy de nuevo”.



Jorge Max Castillo Sordia (qepd).

Fue un mes de enero largo, muy frío y todos los alumnos se encontraban ansiosos por las primeras evaluaciones. Jorge seguía muy serio en el salón pero sonriente y platicador en la asesoría. El cinco de febrero presentaron su primer parcial.

Ese fin de semana me dio gusto calificar el de Jorge: había salido adelante y su examen era casi perfecto, estaba ansiosa por

devolvérselo el lunes siguiente y felicitarlo por el esfuerzo.

El lunes llegó pero Jorge no asistió a la clase, guardé su examen esperando que llegara a mi oficina pero no se presentó en toda la semana. Un par de días después recibí un correo electrónico de su directora de carrera, informando que Jorge había fallecido. Llevaba tiempo luchando contra una enfermedad muy agresiva que lo obligaba a ausentarse por sus tratamientos que lo agotaban física y mentalmente. Por desgracia, Jorge había perdido la batalla.



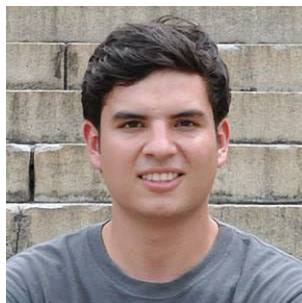
Jorge, en su primer día de clases en el Tecnológico de Monterrey.

Mi corazón se encogió con la noticia y no pude contener el llanto. Me dolía en el alma porque llegué a conocerlo y apreciarlo también. Él jamás mencionó ninguna enfermedad. La directora también mencionaba cierto examen muy importante que Jorge le había comentado a sus papás. No sabían de qué materia era pero había sido el cinco de febrero, último día que vino al Tecnológico de Monterrey y querían recuperarlo. Con lágrimas en los ojos abrí mi cajón: ahí estaba el examen.

Se lo entregué a la familia, pero conservo una copia en mi cajón del escritorio, la guardo como un gran tesoro. Un tesoro que me cambió como maestra y como ser humano. Me ubica, me da esperanzas, y sobre todo me recuerda mi papel como profesora y guía. Jorge me enseñó el valor de la perseverancia, fue un chico que no dejó de luchar, no se dio por vencido ante la adversidad. A pesar de todos los obstáculos, él siempre siguió intentándolo, nunca desistió en su empeño.

Pero Jorge también me transformó como maestra, me enseñó que no debo juzgar a ninguno de mis estudiantes, incluso si el motivo es su bajo rendimiento académico, porque después de todo, uno nunca sabe las razones de su desempeño. Ese día aprendí que detrás de un caso difícil, siempre hay una historia difícil.

Doy gracias a Dios por haberlo conocido, por cruzarme con ese gran ser humano. Donde quiera que estés te mando un gran abrazo y felicidades. Con tu ejemplo y perseverancia no sólo lograste salir adelante en tu examen, además nos dejaste un legado de vida. ☺



RUBÉN ORTEGA REZA

—

Estudiante de séptimo semestre de Ingeniero en Agrobiotecnología en
Campus Monterrey.

Quinta generación de agricultores en Ricardo Flores Magón, Chihuahua.

Creo en México

Extraños caminos los de cada historia. En este caso el protagonista de la historia es mi padre, el ingeniero Rubén Ortega Fernández. Ni siquiera estaba enterado de que sus acciones desinteresadas saldrían publicadas pocos días después en un periódico de Monterrey.

Incluso esta historia llegó a mi familia de manera afortunada. Entonces vivía en Monterrey un tío, don Benjamín Barriga, quien al leer el periódico se encontró esa nota que mencionaba el poblado de Ricardo Flores Magón y a un ingeniero Rubén, graduado del Tecnológico de Monterrey. Como la probabilidad de que la persona mencionada no fuera su sobrino era prácticamente nula, envió por

fax a mi familia una copia de la nota. He aquí la nota, omitiendo un primer párrafo sin consecuencias para la historia y con algunas precisiones por nuestra parte.

Nota escrita por Epifanio Sánchez, 14 de febrero de 1997, en el periódico *El Norte*: *El 5 de febrero (...) muy temprano partí hacia las lejanas tierras de Sonora, y digo lejanas porque me fui en auto. El motivo del viaje fue una visita a un recinto universitario, y ya entrados en gastos se aprovechó el viaje para llevar un automóvil y traerse otro. Algunas personas allegadas a mí me recomendaron viajar por la carretera americana debido a su buen estado y a su seguridad. A mí y a mis compañeros de viaje nos agradó más la idea de hacer el recorrido por México, y así lo hicimos.*



Ser EXATEC es un distintivo especial.

La primera mitad del trayecto fue una delicia: pasamos Saltillo, Torreón, Gómez Palacio, Delicias y Chihuahua. Hasta ahí todo bien y justo diez kilómetros antes de llegar a un poblado de nombre Ricardo Flores Magón (no lo olvidaré) se descompuso el auto. De pronto algo comenzó a golpear y se derramó el aceite de la transmisión.

Eran las dos y media de la tarde, así que estábamos tranquilos. El primer vehículo que pasó por ahí fue una camioneta a la que pedimos un aventón. La camioneta se detuvo y muy amablemente nos llevó a Flores Magón. El conductor, de nombre Raúl, nos dejó justo en donde se encontraba la grúa y

ahí se esperó hasta que nos desocupamos, después nos llevó a la caseta de teléfono y más tarde al taller Ordoñez. Estoy hablando de que por más de media hora nos movió por el poblado.

En el taller Ordoñez, el señor Víctor nos comentó que la grúa nos cobraría mil pesos por lo que decidimos no aceptarla y remolcar el auto hasta Flores Magón con la ayuda de la camioneta de Víctor, solo que tendríamos que esperar una hora, ya que tenía mucho trabajo. Ahí conocimos a Rubén, quien también era cliente del taller y fue nuestro ángel de la guarda.

Para no hacer el cuento largo, mientras se desocupaba Víctor, Rubén nos llevó al auto para que no se quedara sólo. Después de dejarnos volvió en cosa de 20 minutos con Víctor y remolcamos el auto. Ya en el taller, al darse cuenta Víctor de nuestra urgencia, tuvimos la suerte de que los demás clientes aceptaran ceder su lugar para que arreglaran nuestro auto lo más rápido posible.

Si ustedes creen, amigos lectores, que ya esto es sobresaliente, esperan a leer esto: mientras encontrábamos una población cercana con cajero automático para disponer de efectivo, nuestro amigo Rubén nos prestó dinero para no tener que ir esa misma noche hasta Casas Grandes (a 110 kilómetros), a donde él nos llevó el siguiente día para que compráramos las refacciones faltantes y, además, esperó a que las compráramos para él mismo llevarlas de regreso a Flores Magón y que nosotros pudiéramos tomar un autobús hacia Hermosillo.

Esa noche invitamos a cenar a nuestro nuevo amigo Rubén y fue ahí donde encontramos la respuesta de tanta buena fe: los infortunados viajeros traíamos puesta una sudadera del Tecnológico de Monterrey y Rubén es Ingeniero Agrónomo Administrador graduado del Campus Monterrey, Generación 1986. Él nos comentó que al darse cuenta de nuestra procedencia estaba seguro de que se trataba de gente de fiar. No tuve palabras y me sentí emocionado como pocas veces.

He tratado de exponer de manera muy breve lo acontecido y créanme que me he quedado muy corto en cuanto a las atenciones recibidas por Rubén, Víctor y mucha gente más de Flores Magón, Chihuahua.

En este México tan envuelto en declaraciones y mentiras es necesario que comprendamos algo: existe en nuestro país mucha gente que tal parece que se divierte envolviéndonos en farsas y engaños, y que no le importa si con sus declaraciones y actos la población pierde empleos, poder adquisitivo y hasta su dignidad. Ellos han provocado que se esté perdiendo la confianza y el respeto (...). No dejemos que nos arrastren, volvamos al México que queremos, al de nosotros, al que Rubén y Víctor me recordaron que existe y que hoy les comparto. Tal vez dar un aventón o prestar dinero a un desconocido no sea lo más recomendable en Monterrey; pero podemos comenzar por un buenos días.

Días después volvimos y no pudimos ver a Rubén, pero no por eso dejamos de cumplir el encargo que nos dio: enviarle una calcomanía de EXATEC. ☺



Arriba: Rubén Ortega en su rancho.

Abajo: Víctor Ordoñez, dueño del taller.



CECILIA ROJAS DE GANTE

—
Profesora investigadora en Campus Ciudad de México.

Durante 16 años trabajó en Campus Monterrey.

La Reacción de Maillard

Hay momentos y decisiones que marcan nuestra vida. En mi caso, sucedió durante mi primer año en el Tecnológico de Monterrey, en 1991. Después de cinco años de posgrado en Francia (Montpellier y Reims), al regresar al país me ofrecieron impartir clases en el hoy desaparecido Campus Guaymas.

Entonces mis temores eran varios: no conocía la institución y tampoco tenía referencia sobre sus capacidades reales para investigación. Pero, particularmente, desconocía si podía enseñar y comunicarme con jóvenes universitarios en lo que a mi entender sería mi principal función: motivar y mantener vivo el interés en una disciplina de corte científico.

Lo que finalmente marcó mi decisión fue mi encuentro con esa primera generación. Ocurrió tras el segundo parcial del curso de Química de Alimentos. Eran alumnos de las carreras de Ingeniero Bioquímico e Ingeniero Bioquímico Administrador en Procesado de Alimentos.



Una reacción bioquímica que impulsaría una reacción humana.

En esa época, acababan de nombrarme coordinadora de la Red Iberoamericana de Centros de Investigación en Envases y debía organizar y coordinar con cierta frecuencia eventos científicos en varios países. Por lo mismo, la aplicación del examen se empalmó con un congreso internacional. Entonces le pedí a un colega aplicar el examen que elaboré previamente. A mi regreso, revisaría y retroalimentaría a los alumnos.

Cuando llegué, y habiendo prácticamente bajado del vuelo, me dirigí directamente al aula sin ver los exámenes. Al preguntarles sobre sus impresiones, uno de ellos denunció fraude. Lo que a ese alumno le preocupaba era que si yo encontraba buenos resultados, entonces incrementaría el nivel del curso junto con el reto intelectual para el examen del tercer parcial y él consideraba que ya no podría alcanzarlo.

Todo eso generó no sólo una discusión sino una verdadera batalla para acallar los hechos. Los calmé y les expliqué que aún no los revisaba, que cuando lo hiciera hablábamos de los resultados y los hechos de ese día. Para sorpresa mía, encontré dentro del examen del principal detractor del alumno denunciante, un acordeón sobre la “Reacción de Maillard” que olvidó retirar, pero ni con ese fraude lograba aprobar.

Para entonces, mis primeros meses habían sido muy difíciles: me sorprendía de mis alumnos la falta de motivación al estudio, el respeto a las diferencias de pensamiento y sobre todo, el valor que tienen la cultura y la educación en el desarrollo de una sociedad más justa y tolerante, valores en los cuales fui formada.

Me presenté a la siguiente sesión y, después de la clase, entregué los exámenes calificados pero sin nota definitiva. Les pedí que sumaran y pasaran uno por uno a indicarme su calificación y

entregar el examen. Cuando llegó el alumno del acordeón con su nota (27/100) le pregunté por esa hoja adicional. Tanto él como el resto del grupo se sorprendió. Entonces les hablé sobre los hechos, los retos a vencer y el trabajo para ambas partes (maestro-alumno), pero estaba convencida que ante su actitud no tenía nada por hacer, renunciaba a la docencia porque no podía someterme a la “ley del alumno”. Estaba más triste que enojada. Notifiqué oficialmente los hechos y presenté mi dimisión. Seguramente regresaría a la investigación o saldría del país de nuevo.



Cecilia en uno de los laboratorios de Campus Ciudad de México.

Mientras retiraba mis libros de la oficina, fueron llegando uno a uno alumnos verdaderamente avergonzados, pidieron disculpas y externaron preocupación por mi decisión. Me dijeron que percibían que verdaderamente me importaban. Mi decisión cambió cuando me plantearon que ahora el reto era quedarme a trabajar con ellos. A su

vez, ellos se comprometían a trabajar con pasión y honestidad. Acepté el desafío.

A raíz de esos hechos, todos aprendimos y tomamos mejores decisiones: los alumnos se comprometieron con el estudio, la honestidad, el respeto, el amor a la disciplina y la congruencia y pasión a su elección. Poco después, los alumnos hicieron un corrido, La Reacción de Maillard, que se transmitió de generación en generación el tiempo que estuve en Guaymas antes de mi transferencia a Monterrey.

Estoy segura que, 22 años después, encontraré a esos alumnos convertidos en excelentes profesionistas y profesionales en varias industrias, dedicados con pasión tras la dura lección aprendida. Y ellos podrán encontrarme en algún aula del Tecnológico de Monterrey. ☺



LIBRADO ROSALES RAMOS

—

Jubilado del Tecnológico de Monterrey tras 40 años de labor
ininterrumpida.

Hasta hace un año colaboraba en actividades de promoción del Sorteo Tec.

Desde el día que lo conoces, el Tecnológico te marca

Entré a formar parte de la familia del Tecnológico de Monterrey el 6 de septiembre de 1943, ese fue mi primer día de clases, un lunes a las ocho de la mañana, con el profesor Remigio Valdés Gámez, en una vieja casona, ubicada en Abasolo No. 858.

También era el primer día de la existencia del Tecnológico de Monterrey como formador de alumnos, maestros y vidas enteras. En ese momento, descubrí que ahí no se andaban por las ramas. Antes de entrar al salón, nos preguntábamos si habría clases, puesto que como era una escuela nueva, seguramente estaría apenas formándose y dudábamos de que ya estuviera todo listo.

Grata sorpresa, ahí estaba el maestro Remigio Valdés. Nos saludó, tomó lista y de inmediato comenzó su curso de matemáticas, nada de andar perdiendo el tiempo. Los del grupo veníamos de tres preparatorias: la Escuela Industrial Álvaro Obregón, el Colegio Civil de la Universidad de Nuevo León y el colegio Justo Sierra.



El Tecnológico de Monterrey siempre se ha distinguido por la calidad de sus profesores.

Aunque cada uno teníamos preparaciones diferentes, todos quienes formamos parte de aquel grupo nos dimos cuenta de que íbamos a estudiar, y a echarle ganas. Don Eugenio Garza Sada había soñado

este lugar, así que no se perdería el tiempo y el maestro Remigio nos lo hizo saber desde esa primera clase.

Entonces la escuela costaba 55 pesos mensuales, que era mucho dinero, afortunadamente yo entré como alumno becado y eso también ha sido una característica permanente del Tecnológico de Monterrey: apoyar a quienes no tienen los recursos suficientes pero están llenos de ganas de aprender.



70 años después, don Librado se encuentra ocasionalmente con su maestro Remigio.

Ya como estudiante comencé a relacionarme con las actividades académicas del recién inaugurado campus: fundamos una revista que se llamaba Onda, con artículos de alumnos y maestros,

después un periódico quincenal, tamaño tabloide, que se llama *El Borrego*, con trabajos de puros alumnos. La publicación se pagaba con anuncios que nosotros vendíamos y le entregábamos su comisión a quienes los conseguían.

Luego me involucré en el área de impresos del Tec y durante mis años de estudiante trabajaba de día y estudiaba de noche, pero cada que había problemas iban a buscarme al salón de clases para ayudarles. Finalmente tuve que decidir y me puse a trabajar de tiempo completo en el Tecnológico de Monterrey, además de hacer varios trabajos en el periódico *El Norte*.

Durante 40 años fui el director de Publicidad, responsable de la promoción del Sorteo Tec y el responsable de las publicaciones periódicas como EXATEC, además de administrar durante 27 años el estadio, ocho años del gimnasio y diez años del auditorio. También colaboré muchos años con el maestro José Emilio Amores en la Sociedad Artística Tecnológico, la SAT.

En ese ambiente de trabajo comprobé que lo que pasó el primer día de clases sucedía a diario en todas las instalaciones: se viene a aprender, a aprovechar el tiempo, a ser productivos y a prepararnos para ser personas de bien en nuestra sociedad.

Por eso puedo decir, con la seguridad de que lo viví en carne propia, que el Tecnológico de Monterrey te cambia la vida, si fulano de tal

tiene ganas de desarrollarse, mételo a estudiar a sus aulas, ponlo a competir con sus compañeros y verás que en poco tiempo no le va a quedar tiempo para distraerse en otras cosas. ☺



Aún jubilado, don Librado sigue en contacto con el Tecnológico de Monterrey.

CÓMO HA CAMBIADO LA VIDA EN EL TEC

Reseña fotográfica del Campus Fundacional



A lo largo de 70 años, la sociedad ha cambiado, y con ella el Tecnológico de Monterrey. No solamente se ha actualizado en sus métodos de enseñanza, también lo ha hecho en sus espacios físicos, en las formas de convivencia estudiantil, en las herramientas de aprendizaje y en las opciones educativas.

Este breve repaso es un reflejo de cómo se ha forjado lo que actualmente es el Tecnológico de Monterrey y cómo será en el futuro inmediato. Entre tanto, ya se trabaja en asimilar las nuevas

tendencias e incorporarlas a su modelo de enseñanza. Inicia la era Tec 21.

Vida en las aulas

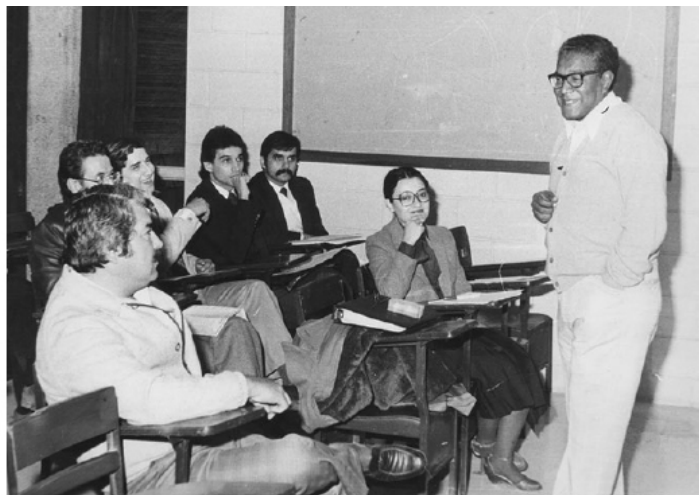
La mayor parte del tiempo universitario transcurre en las aulas. Ahí se recibe, se discute y se analiza la información con el apoyo del maestro en turno. Las aulas también se han transformado con el paso del tiempo, aunque su valor como centro de la enseñanza se mantiene intacto. 🌐



Algunos de los primeros alumnos y salones de clase.



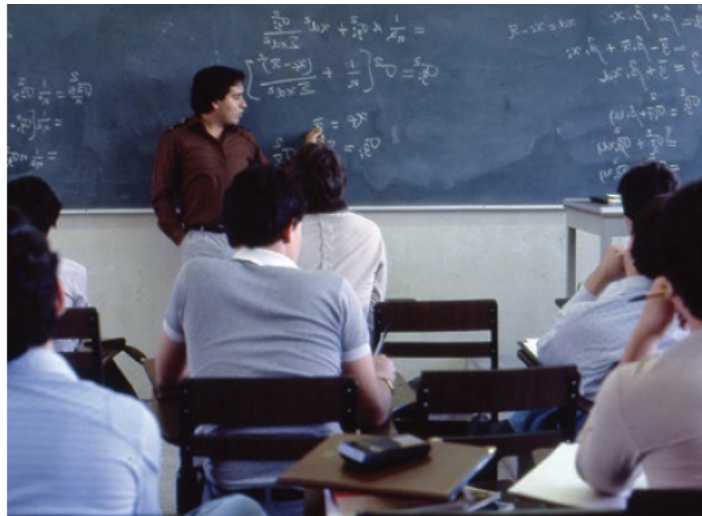
Grupo en un salón de la casa de Abasolo, centro de Monterrey.



El traslado al Campus Monterrey facilitó la enseñanza.



Los maestros invitados siempre han enriquecido el aprendizaje.



Una de tantas clases en Aulas V.



Salones con alta tecnología para mejorar el proceso de aprendizaje.



Ambiente estudiantil

Parte indispensable de la vida universitaria es la dedicación al estudio y la generación de conocimiento. Sin embargo, ser estudiante también significa forjar amistades que traspasan la frontera escolar. Cada generación tiene sus modas y gustos que van evolucionando junto con la sociedad. 🌐



Alumnos en el pasillo de Aulas I.



Alumnas caminando frente al gimnasio recién terminado.



Personal del Tecnológico de Monterrey.



Reunión de alumnos en instalaciones del Tecnológico.



Toma de protesta de asociación de alumnos.



Grupo de alumnas afuera de *La Carreta*.



Jóvenes platicando el primer día de clases.



Pasillo frente a la biblioteca.



Estudiante en jardín frente a Aulas II.

Infraestructura

Desde su fundación, el Tecnológico de Monterrey ha provisto a los alumnos y maestros de instalaciones adecuadas para el desarrollo de sus capacidades y éstas siempre han estado a la vanguardia. 🌐



Vista aérea de los primeros años del Campus Monterrey.



Primer sitio de taxis, frente a la entrada del Campus Monterrey.



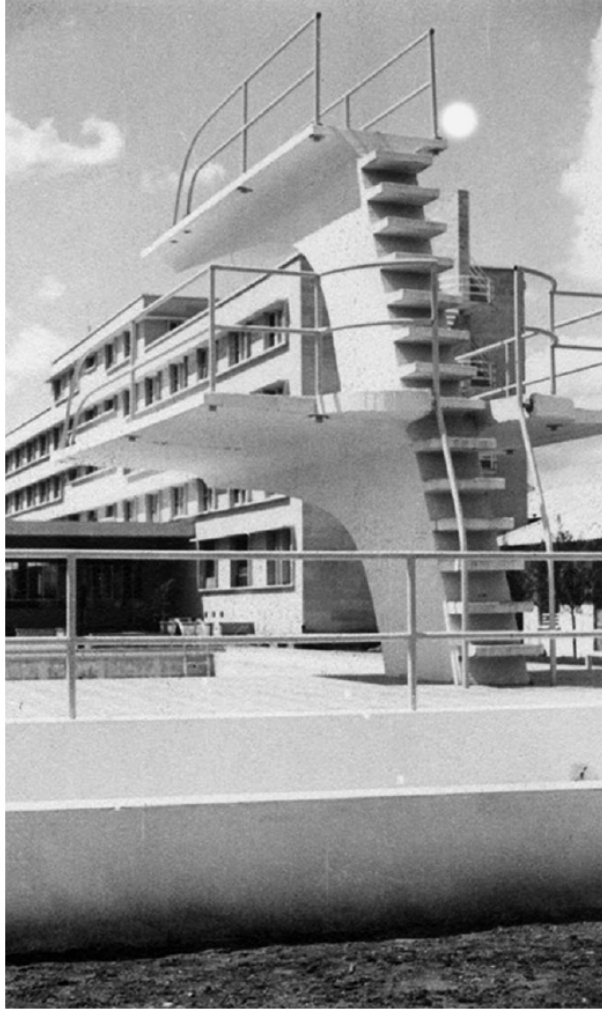
Invitados a la ceremonia de la primera piedra del Campus Monterrey.



Alumnos posando en la base de lo que entonces era el asta bandera. Al fondo, la cafetería *La Carreta* y la primera sección de Aulas II.



El edificio de Rectoría, al fondo comienza la construcción del CETEC.



La alberca y las plataformas de clavados.



Aulas V, hoy reconvertido en el Centro de Biotecnología.



Centro Interdisciplinario para el Aprendizaje, CIAP.



Fondo del Centro de Biotecnología.



Explanada que conecta Aulas I, el Centro de Biotecnología y el CIAP.



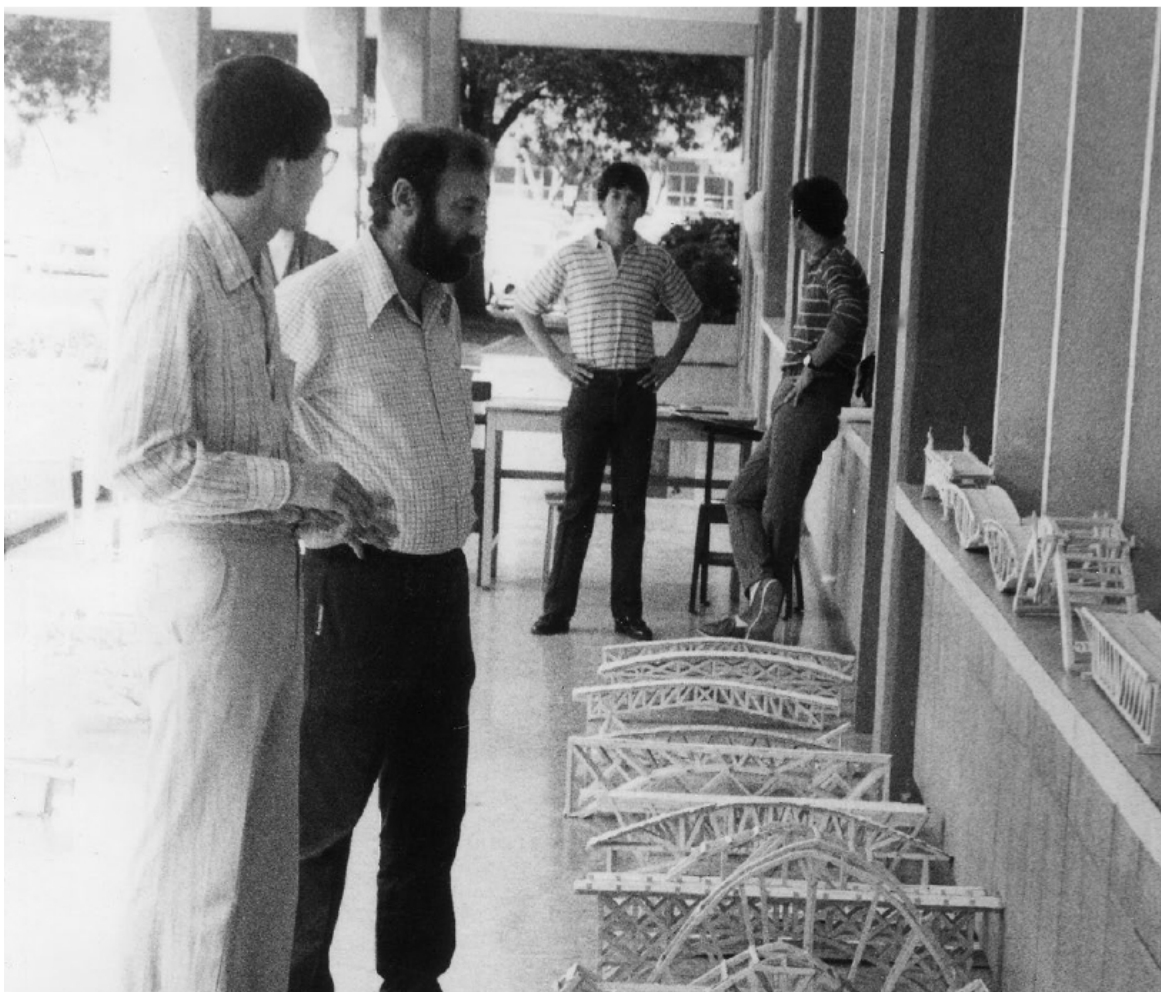
Cafetería Centrales



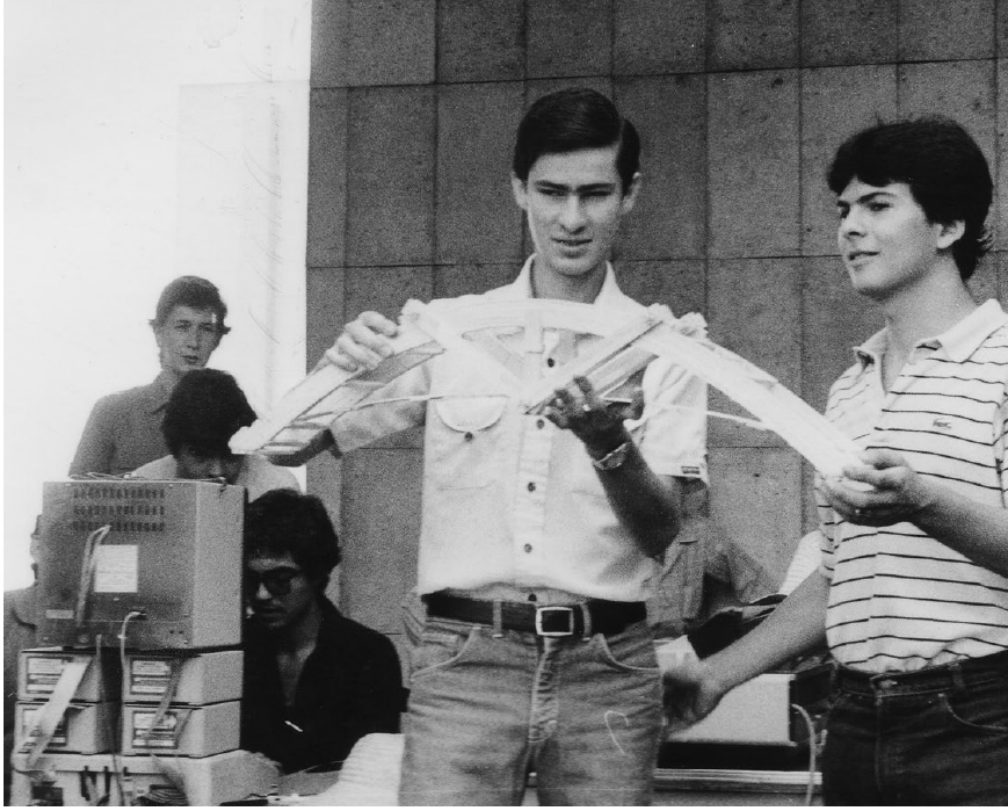
Vista del campus desde el lado oriente, al fondo el CETEC.

Proyectos estudiantiles

La ciencia también puede verse como un juego. Al aplicar los conocimientos científicos y las leyes de la física en aplicaciones lúdicas, los estudiantes prueban a la práctica lo que anteriormente calcularon en papel. 🌀



La competencia de puentes de palitos de madera es toda una tradición en el Tecnológico de Monterrey.



Los equipos de prueba han cambiado, pero los conceptos de resistencia permanecen inalterables.



Elaborar una canoa de cemento es un gran desafío.



Las canoas compiten a nivel internacional.



Probando una canoa frente al edificio de Rectoría.

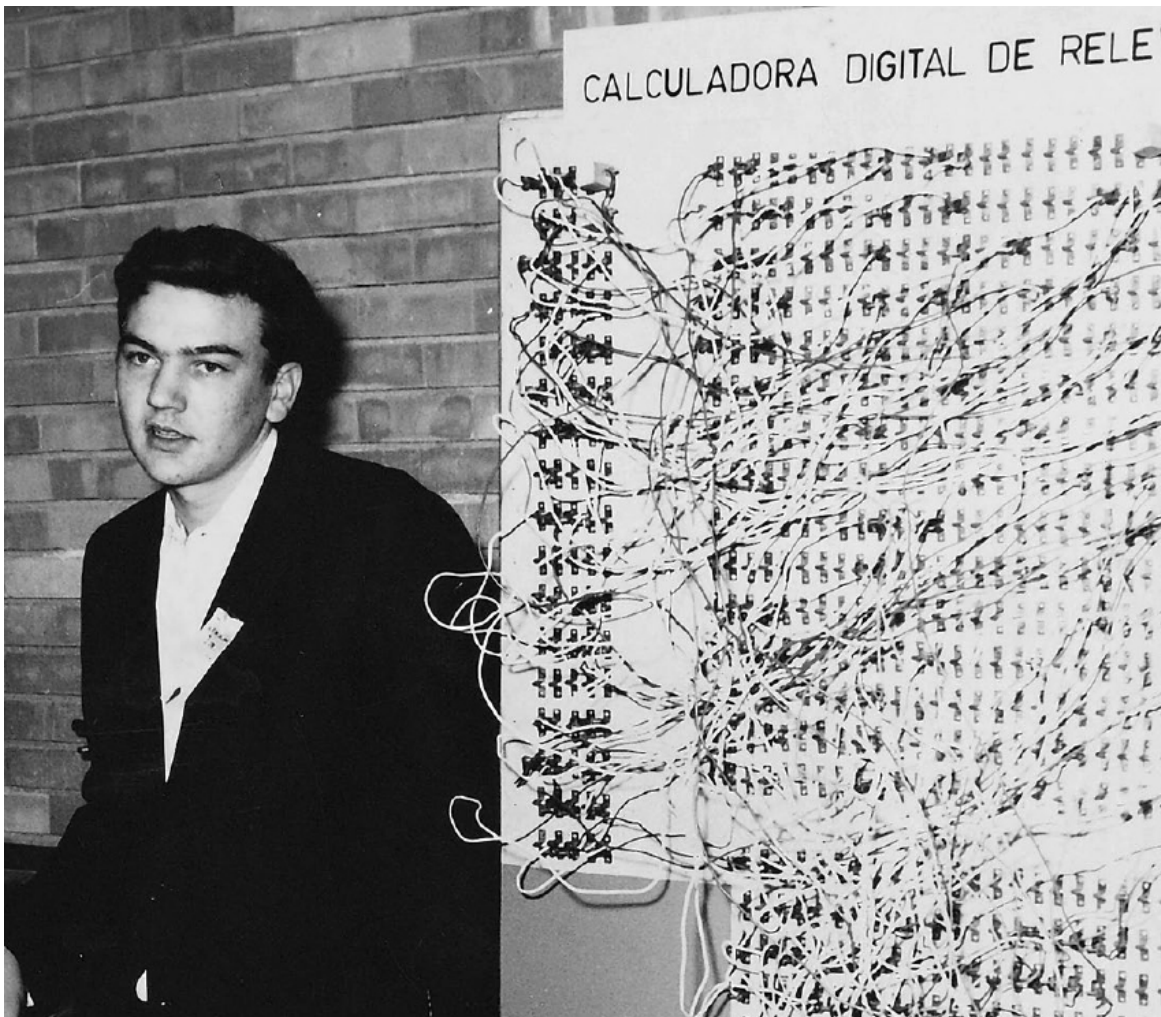


Concursos de autos impulsados por mecanismos sencillos.



Tecnología

En el Tecnológico de Monterrey, la tecnología ha sido un distintivo desde sus primeros años de existencia y es un pionero en su implementación para los diferentes procesos educativos. 🌐



Calculadora digital, hecha en 1960.



Complejo sistema con seis equipos de videoproyección.



Computadoras personales de escritorio.



Módulo de información del Campus Monterrey.



Uno de los primeros equipos de cómputo del Tecnológico de Monterrey.



Dos diferentes brazos motorizados.



Primeras computadoras portátiles.



Concierto a cargo de don Cuco, robot que pulsaba un teclado.



Amplia gama de equipos de cómputo.



Moderno sistema de grabación y mezcla digital.



Laboratorio de captura de movimientos para animación digital.

Pequeños alumnos

El Campamentos de Verano es una actividad que ha permanecido vigente a lo largo del tiempo. En cada uno de ellos, decenas de jóvenes tienen la oportunidad de conocer en vivo al Tecnológico de Monterrey. Con el tiempo, muchos de ellos han realizado sus estudios profesionales en sus aulas. 🌐



Recepción de los jóvenes al Campamento de Verano.



Aprovechando el verano para aprender a nadar.



Muchos niños y jóvenes se inscriben en sus actividades.



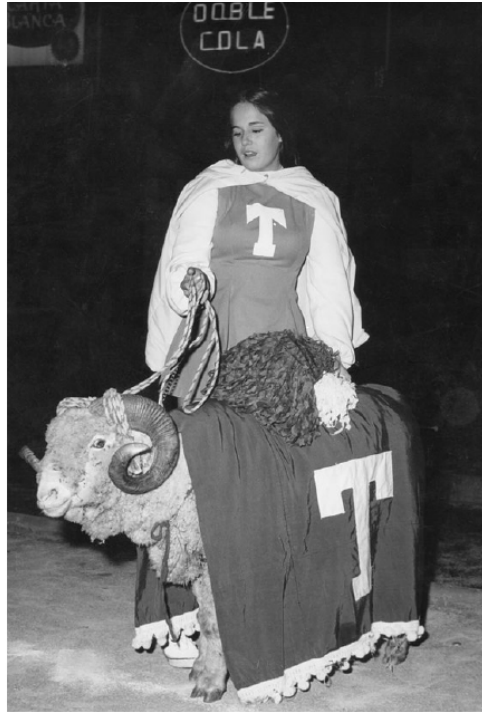
Las actividades han evolucionado con los años.

Deportes

Desde su fundación, el Tecnológico de Monterrey ha dado un especial impulso al deporte, tanto a nivel interno como con selecciones que han destacado a nivel local, nacional e internacional, incluyendo participaciones en eventos como las universiadas, campeonatos mundiales y las olimpiadas. [🌐](#)



Campo de beisbol junto al Jardín de las Carreras.



Porrista y mascota durante los primeros años.



Línea defensiva de Borregos en un partido de futbol americano.



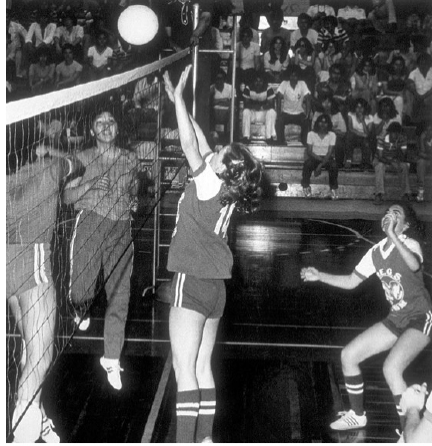
Emotivo juego de basquetbol en el gimnasio.



Carrera Tec a campo travesia con la meta dentro del campus.



Dos vistas del Estadio Tecnológico.



Partido de voleibol, equipo de la PrepaTec Eugenio Garza Sada.



Vista del domo de la alberca central.

Ceremonia de graduación

Sin lugar a dudas, la ceremonia de graduación es el momento cumbre de la vida estudiantil. Recibir un título significa estar preparado para enfrentar al mundo profesionalmente. 🌐



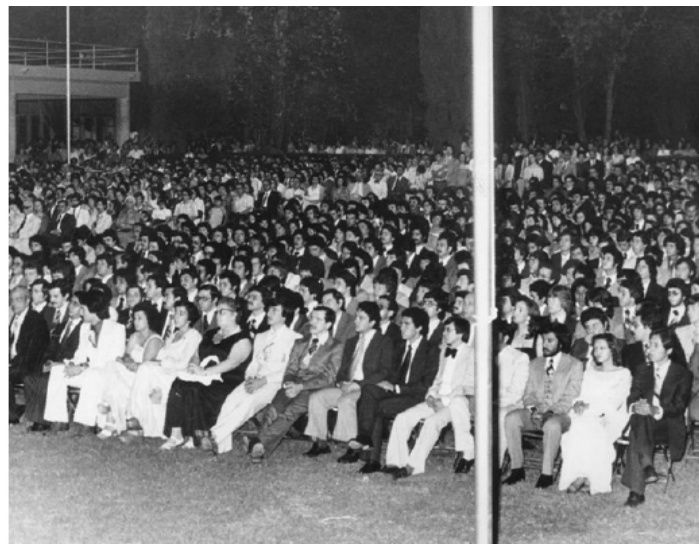
Una de las primeras ceremonias de graduación.



Graduación durante la década de 1960.



Alumnos durante su graduación.



Los alumnos y sus familias tomaban su lugar en el jardín frente al edificio Centrales.



Con el tiempo, el evento se trasladó al gimnasio.





La ceremonia cada vez reúne a más alumnos y familiares.



Hoy en día abarca dos días consecutivos.

EVENTOS



Para ver los momentos del 70 aniversario en video, presiona sobre los siguientes enlaces:

- [Celebración de 70 años del Tec - Duración 4:14 min](#)
- [Revive la celebración de 70 años del Tec - Duración 3:33 min](#)
- [Previo Titanium Fest Tec - Duración 48:26](#)

AGRADECIMIENTOS



Agradecemos la colaboración de todas las personas que participaron en la convocatoria y enviaron sus testimonios e imágenes para este libro, así como a quienes colaboraron con sus acertados comentarios para enriquecer su contenido.

Rosaura Barahona Aguayo

Luis Béjar Fuentes

Gala de la Cruz Hernández

Flory Anette Dieck Assad

José Antonio Fernández Carbajal

Daniel García González

Abigail Guzmán Tamez

Josafat Baldomero González Armendáriz

Alfonso González Migoya

Aidé González Valdez

Clelia Hernández Orta

Román Martínez Martínez

Yasir Elí Moreno Hernández

Mauricio Muñoz Hernández

Rubén Ortega Reza

Elías Pasquel Reyna

Alberto Pérez Arroyo

Javier Rivas Ramos

Isaías Ramón Rivera Herrera

María Esther Rivera Vera

Francisco Rodríguez Ábrego

María Isabel Rodríguez Hernández

Cecilia Rojas de Gante

Laura Eugenia Romero Robles

Librado Rosales Ramos

José de Jesús Salazar Cantú

David Alberto Treviño Rodríguez

José Erick Yañez Navarro

Carlos Zapata Esquivel

Carlos Alberto Zertuche Zuani

AVISO LEGAL



Los primeros 70 años de transformar vidas

1. Tecnológico de Monterrey - Aniversarios

I. Ramírez Padilla, David Noel

II. Isla Martínez, Pedro Jaime de

LC: LE7.M765 Dewey: 378.7

David Noel Ramírez Padilla

Rector del Tecnológico de Monterrey

Comité Editorial

Pedro Jaime de Isla Martínez

Ana Lucía Macías Chiu

Román Martínez Martínez

María Reyes Esparza

Ana Cecilia Torres González

Concepto editorial

Pedro Jaime de Isla Martínez

Concepto gráfico

Benjamín Gutiérrez García

Diseño

Sebastián González Rangel

Apoyo logístico

Mónica Guadalupe Arroyo Ramírez

Corrección de estilo

Cecilia Sánchez Salinas

Diseño multimedia, adaptación y producción

Lucía Margarita Caballero Morales

José Alejandro Hernández Salas

Fotografía

Abigaíl Guzmán Tamez

Archivo Tecnológico de Monterrey

Autores de las historias

ePub editado, diseñado, publicado y distribuido por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

D.R.© Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, México. 2013

Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849

Monterrey, Nuevo León | México.

ISBN en trámite

Edición: octubre de 2013